

CAP 8

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

 Editorial Vida

Capítulo 8

Origen, naturaleza y consecuencias del pecado

Bruce R. Marino

Las enseñanzas de la Biblia acerca del pecado¹ presentan un profundo panorama doble: la profunda depravación de la humanidad y la incomparable gloria de Dios. El pecado ensombrece todos los aspectos de la existencia humana, seduciéndonos desde el exterior como un enemigo y forzándonos desde el interior como parte de nuestra naturaleza humana caída. En esta vida conocemos el pecado íntimamente; con todo, permanece extraño y misterioso. Promete libertad, pero esclaviza, produciendo anhelos que no podemos satisfacer. Mientras más luchemos por escapar de sus garras, más inextricablemente nos ata. La comprensión del pecado nos ayuda en el conocimiento de Dios; sin embargo, es lo que distorsiona el conocimiento, incluso de nosotros mismos. Con todo, si la luz de la iluminación divina puede penetrar su oscuridad, no sólo podemos apreciar mejor esa oscuridad, sino también la luz misma.

Vemos la importancia práctica que tiene el estudio del pecado cuando notamos su seriedad. El pecado es contrario a Dios. Afecta a toda la creación, incluyendo a la humanidad. Aun el pecado más pequeño puede acarrear un castigo eterno. El remedio al pecado es nada menos que la muerte de Cristo en la cruz. Las consecuencias del pecado abarcan todo el terror del sufrimiento y la muerte. Por último, la oscuridad del pecado exhibe la gloria de Dios en un contraste marcado y terrible.¹

Es posible comprender la importancia que tiene el estudio de la naturaleza del pecado en su relación con otras doctrinas. El pecado distorsiona todo conocimiento y arroja dudas sobre él. Al defender la fe cristiana, batallamos con el dilema ético de cómo es posible que exista el mal en un mundo gobernado por un Dios que es todo bondad y todo poder.

El estudio de la naturaleza de Dios debe tener en cuenta el providencial control de Dios sobre un mundo maldito por el pecado. El estudio del universo debe describir un universo que fue creado bueno, pero que actualmente gime por su redención. El estudio de la humanidad

debe relacionarse con una naturaleza humana que se ha convertido en grotescamente inhumana e innatural. La doctrina sobre Cristo se enfrenta a la pregunta de cómo la naturaleza plenamente humana del Hijo de Dios nacido de una virgen puede estar totalmente libre de pecado. El estudio de la salvación debe señalar no sólo *para qué* fue salvada la humanidad, sino también *de qué* fue salvada. La doctrina sobre el Espíritu Santo debe tener en cuenta la convicción y la santificación a la luz de una carne pecaminosa. La doctrina sobre la Iglesia debe modelar un ministerio a una humanidad distorsionada por el pecado, tanto dentro como fuera de la Iglesia. El estudio de los últimos tiempos debe describir, y hasta cierto punto defender, el juicio de Dios sobre los pecadores, al mismo tiempo que proclama el final del pecado. Por último, la teología práctica debe tratar de evangelizar, aconsejar, educar, gobernar a la Iglesia, afectar a la sociedad y animar a la santidad a pesar del pecado.

No obstante, el estudio del pecado es difícil. Es repulsivo, porque se centra en la burda fealdad del pecado abierto y extendido, y el sutil engaño del pecado personal y secreto. La sociedad postcristiana de hoy reduce el pecado a sentimientos o acciones, ignorando o rechazando por completo la maldad sobrenatural. Lo más insidioso de todo, es que el estudio del pecado es frustrado por la naturaleza irracional del pecado mismo.

El número de conceptos extrabíblicos sobre el pecado es legión. A pesar de que no sean bíblicos, estudiarlos es importante por las razones siguientes: para pensar más clara y bíblicamente sobre el cristianismo; para defender más acertadamente la fe y para criticar otros sistemas; para evaluar más críticamente las nuevas psicoterapias, los programas políticos, los sistemas educativos y cosas semejantes, y para ministrarles más eficazmente a creyentes y no creyentes que puedan sostener estos puntos de vista no bíblicos, u otros similares.¹

Apoyándose en el existencialismo de Søren Kierkegaard, muchas teorías sostienen que los humanos están atrapados en un dilema cuando sus capacidades limitadas son inadecuadas para satisfacer las posibilidades y decisiones virtualmente ilimitadas de sus percepciones e imaginaciones. Esta situación produce tensión o ansiedad. El pecado es el inútil intento por resolver esta tensión a través de medios inadecuados, en lugar de aceptarla de manera pesimista, o, en las versiones cristianas, volverse hacia Dios.²

En un desarrollo más radical, algunos sostienen que la existencia individual es un estado pecaminoso, porque las personas están alienadas

con respecto a la base de la realidad (definida con frecuencia como “dios”) y también entre sí. Podemos encontrar este tema en una forma temprana en Filón, el filósofo judío de la antigüedad. Actualmente lo expresan teólogos liberales como Paul Tillich, y se halla dentro de muchas formas de religión oriental y del pensamiento de la Nueva Era.³

Algunos creen que el pecado y la maldad no son reales, sino simples ilusiones que se pueden vencer por medio de una percepción correcta. La Ciencia Cristiana, el hinduismo, el budismo, el pensamiento positivo de cierto cristianismo popular, buena parte de la psicología y diversos aspectos del movimiento de la Nueva Era resuenan con este punto de vista.⁴

También se ha entendido el pecado como el remanente sin evolucionar de unas características animales primarias, como la agresividad. Los que sostienen este punto de vista afirman que el relato de Edén es en realidad un mito acerca del desarrollo del entendimiento moral y de la conciencia, y no una caída.⁵

La teología de la liberación ve el pecado como la opresión de un grupo social por otro. Combinando con frecuencia las teorías económicas de Carlos Marx (que hablan de la lucha de clases del proletariado contra la burguesía, en la que terminará triunfando el proletariado) con temas bíblicos (como la victoria de Israel sobre la esclavitud de Egipto), los teólogos de la liberación identifican a los oprimidos con términos económicos, raciales, de género y otros más. Se elimina el pecado al hacer desaparecer las condiciones sociales que causan la opresión. Los extremistas abogan por el derrocamiento violento de los opresores que no se puedan redimir, mientras que los moderados insisten en el cambio a través de la acción social y la educación.¹

Entre las ideas más antiguas sobre el pecado, se halla el dualismo, la creencia de que existe una lucha entre unas fuerzas preexistentes (virtuales o reales) e iguales, o dioses del bien y del mal. Estas fuerzas cósmicas y su batalla causan la pecaminosidad en la esfera de lo temporal. Con frecuencia, la materia, que es mala (en especial la carne), o bien lleva en sí el pecado, es en realidad el pecado, y debe ser derrotada. Esta idea aparece en las religiones antiguas del Medio Oriente, como el gnosticismo, el maniqueísmo y el zoroastrismo. En muchas versiones del hinduismo y el budismo, y en su derivación de la Nueva Era, se reduce la maldad a una necesidad amoral.²

Parte de la teología moderna ve a “dios” como finito, e incluso en

plena evolución moral. Mientras no se llegue a controlar el lado oscuro de la naturaleza divina, el mundo sufrirá el mal. Esto es típico de la mezcla que hace la teología del proceso entre la física y el misticismo oriental.³

Buena parte del pensamiento popular, el cristianismo mal informado, el Islam y muchos sistemas moralistas sostienen que el pecado sólo consta de acciones voluntarias. Las personas son moralmente libres y, sencillamente, toman decisiones libres; no hay nada que se parezca a una naturaleza de pecado; sólo sucesos reales de pecado. La salvación consiste sencillamente en ser mejor y hacer el bien.⁴

El ateísmo sostiene que el mal no es más que parte de lo que sucede al azar en un cosmos sin Dios. Rechaza el pecado, la ética sólo es cuestión de preferencias, y la salvación consiste en el autoavance humanista.¹

Aunque muchas de estas teorías parezcan tener cierta profundidad, ninguna considera a la Biblia como una revelación plenamente inspirada. Las Escrituras enseñan que el pecado es real y personal; se originó en la caída de Satanás, quien es personal, malvado y activo; y a través de la caída de Adán, el pecado se extendió a una humanidad creada buena por un Dios totalmente bueno.

8.1 LOS COMIENZOS DEL PECADO

La Biblia hace referencia a un suceso que tuvo lugar en un remoto y tenebroso momento, situado más allá de la experiencia humana, y en el cual el pecado se convirtió en una realidad.² La serpiente, una criatura extraordinaria, ya estaba confirmada en la maldad antes de que “entrara el pecado en el mundo” a través de Adán ([Romanos 5:12](#); véase [Génesis 3](#)).³ En otros pasajes encontramos a esta serpiente antigua como el gran dragón, Satanás, o el diablo ([Apocalipsis 12:9](#); [20:2](#)). Este ser fue pecador y asesino desde el principio ([Juan 8:44](#); [1 Juan 3:8](#)). También se relacionan con esta catástrofe cósmica el orgullo ([1 Timoteo 3:6](#)) y la caída de numerosos ángeles ([Judas 6](#); [Apocalipsis 12:7-9](#)).⁴

Las Escrituras nos enseñan también que hubo otra caída: Adán y Eva fueron creados “buenos” y colocados en el idílico huerto del Edén, donde disfrutaban de una estrecha comunión con Dios ([Génesis 1:26-2:25](#)). Puesto que no eran divinos, y eran capaces de pecar, necesitaban depender continuamente de Dios. De igual manera, necesitaban comer habitualmente del árbol de la vida.⁵ Esto queda indicado por la invitación que les hace Dios a comer de todos los árboles, incluso el árbol de la vida, antes de la caída ([2:16](#)), y su fuerte prohibición después de ésta ([3:22-23](#)).

De haber obedecido, habrían podido ser dichosamente fructíferos y se habrían desarrollado para siempre (1:28–30). Otra posibilidad habría sido que, después de un período de prueba, alcanzaran un estado de inmortalidad más permanente, por medio de un traslado al cielo (Génesis 5:21–24; 2 Reyes 2:1–12) o por medio de un cuerpo resucitado en la tierra (véase los creyentes, 1 Corintios 15:35–54).

Dios permitió que el Edén fuese invadido por Satanás, quien tentó astutamente a Eva (Génesis 3:1–5). Haciendo caso omiso de la Palabra de Dios, Eva cedió ante su anhelo de belleza y sabiduría, tomó de la fruta prohibida, se la ofreció a su esposo, y comieron juntos (3:6). La serpiente había engañado a Eva, pero Adán parece haber pecado a sabiendas (2 Corintios 11:3; 1 Timoteo 2:14; la aceptación tácita de Dios en Génesis 3:13–19). Posiblemente, mientras que Adán había oído directamente de Dios el mandato de no comer del árbol, Eva lo oyera solamente a través de su esposo (Génesis 2:17; véase 2:22). Por consiguiente, Adán era más responsable ante Dios, y Eva era más susceptible a los engaños de Satanás (véase Juan 20:29). Esto podría explicar la insistencia de las Escrituras en el pecado de Adán (Romanos 5:12–21; 1 Corintios 15:21–22), cuando en realidad fue Eva quien pecó primero. Por último, es fundamental observar que su pecado comenzó con unas decisiones morales libres, y no con las tentaciones (que ellos habrían podido resistir: 1 Corintios 10:13; Santiago 4:7). Es decir, que aunque la tentación les proporcionó el incentivo para pecar, la serpiente no arrancó la fruta ni los obligó a comerla a la fuerza. Fueron ellos quienes decidieron hacerlo.

El primer pecado de la humanidad abarcaba todos los demás pecados: desobediencia a Dios, orgullo, incredulidad, malos deseos, esfuerzo por descarriar a otro, asesinato masivo de la posteridad y sumisión voluntaria al diablo. Las consecuencias inmediatas fueron numerosas, fuertes, extensas e irónicas (observe cuidadosamente Génesis 1:26–3:24). La relación divino-humana de comunión abierta, amor, confianza y seguridad fue cambiada por el aislamiento, una actitud defensiva, la culpa y el destierro. Adán y Eva y su relación mutua degeneraron. La intimidad y la inocencia fueron reemplazadas por la acusación (al echarse uno a otro la culpa). Su rebelde anhelo de independencia desembocó en los dolores del parto, la dureza del trabajo y la muerte. Sus ojos quedaron realmente abiertos, conocedores del bien y el mal (por medio de un atajo), pero se trataba de un gravoso conocimiento que no estaba equilibrado por ningún otro atributo divino (por ejemplo, el amor, la sabiduría, el conocimiento). La creación, encomendada a Adán y cuidada por él, fue maldita, y gime por su liberación de las consecuencias de su infidelidad (Romanos 8:20–22). Satanás, que le había ofrecido a Eva las cumbres de la divinidad y

había prometido que el hombre y la mujer no morirían, fue maldito por encima de todas las criaturas y condenado a recibir la destrucción eterna de manos de la descendencia de la mujer (véase [Mateo 25:41](#)). Por último, el primer hombre y la primera mujer les acarrearón la muerte a todos sus hijos ([Romanos 5:12–21](#); [1 Corintios 15:20–28](#)).

El Midrash judío considera que la advertencia de Dios acerca de que la muerte llegaría cuando (literalmente, “en el día que”) comieran del árbol ([Génesis 2:17](#)) es una referencia a la muerte física de Adán ([Génesis 3:19](#); [5:5](#)), puesto que un día, ante los ojos de Dios, es como mil años ([Salmo 90:4](#)), y Adán sólo vivió novecientos treinta años ([Génesis 5:5](#)). Otros la ven como una consecuencia necesaria del hecho de haber sido apartado del árbol de la vida. Muchos rabinos judíos afirmaban que Adán nunca fue inmortal, y que le habría llegado la muerte de inmediato si Dios no la hubiese pospuesto en su misericordia. La mayoría sostienen que en aquel día tuvo lugar su muerte espiritual, o separación de Dios.¹

Sin embargo, aun en medio del castigo, Dios les hizo a Adán y Eva, en su misericordia, unas vestiduras de pieles, evidentemente para reemplazar las de hojas que ellos mismos se habían hecho ([Génesis 3:7, 21](#)).²

8.1.1 El pecado original: un análisis bíblico

Las Escrituras enseñan que el pecado de Adán no lo afectó solamente a él ([Romanos 5:12–21](#); [1 Corintios 15:21–22](#)). Este tema recibe el nombre de “pecado original”. Nos plantea tres interrogantes: hasta qué punto, por qué medios, y en base a qué fue transmitido el pecado de Adán al resto de la humanidad. Toda teoría sobre el pecado original deberá responder estos tres interrogantes y reunir los siguientes criterios bíblicos:

La solidaridad. En cierto sentido, toda la humanidad está unida o ligada a Adán como una sola entidad (por causa de él, todos los humanos se hallan fuera de la bendición del Edén; [Romanos 5:12–21](#); [1 Corintios 15:21–22](#)).

La corrupción. Puesto que la naturaleza humana quedó tan dañada en la caída, no hay persona alguna que sea capaz de hacer nada espiritualmente bueno sin la bondadosa ayuda de Dios. Esto es llamado “corrupción total”, o depravación de la naturaleza. No significa que las personas no puedan hacer nada evidentemente bueno, sino solamente que no pueden hacer nada que les signifique méritos para su salvación. Esta enseñanza tampoco es exclusivamente calvinista. Hasta Arminio (aunque no todos sus seguidores) describía la “voluntad libre del hombre hacia el

verdadero bien” como “aprisionada, destruida y perdida ... sin poder alguno, más que el que suscite la gracia divina”. La intención de Arminio, como sería la de Wesley después de él, no era retener la libertad humana a pesar de la caída, sino mantener la gracia divina como mayor incluso que la destrucción lograda por esa caída.¹

La Biblia reconoce este tipo de corrupción: en el [Salmo 51:5](#) David habla de que había sido concebido en pecado; es decir, su propio pecado se remonta al momento de su concepción. En [Romanos 7:7–24](#) se sugiere que el pecado, aunque muerto, estaba en Pablo desde el principio. Más decisivo aún es [Efesios 2:3](#), donde se afirma que todos somos “por naturaleza hijos de ira”. “Naturaleza”, *fsis*, habla de la realidad fundamental, o fuente de una cosa. Por consiguiente, el “material” mismo del que están hechos todos los humanos está corrompido.² Puesto que la Biblia enseña que todos los adultos están corrompidos, y que todo procede de algo semejante a sí mismo ([Job 14:4](#); [Mateo 7:17–18](#); [Lucas 6:43](#)), los humanos deben producir hijos también corrompidos. La producción de descendientes corrompidos por una naturaleza corrupta es la mejor explicación para la universalidad del pecado. Aunque varios pasajes del Evangelio se refieren a la humildad y a la apertura espiritual de los niños ([Mateo 10:42](#); [11:25–26](#); [18:1–7](#); [19:13–15](#); [Marcos 9:33–37, 41–42](#); [10:13–16](#); [Lucas 9:46–48](#); [10:21](#); [18:15–17](#)), ninguno enseña que los niños carezcan de corrupción. De hecho, hasta hay algunos niños que tienen demonios ([Mateo 15:22](#); [17:18](#); [Marcos 7:25](#); [9:17](#)).

La pecaminosidad de todos. En [Romanos 5:12](#) dice que “todos pecaron”. En [Romanos 5:18](#) Pablo afirma que a través de un pecado todos fuimos condenados, con lo que está indicando que todos hemos pecado. En [Romanos 5:19](#) dice que a través del pecado de un hombre, todos fueron hechos pecadores. Los pasajes que hablan de la pecaminosidad universal no hacen excepción con respecto a los infantes. Unos niños sin pecado se habrían salvado sin Cristo, lo cual es antibíblico ([Juan 14:6](#); [Hechos 4:12](#)). La sujeción al castigo indica también pecado.

La sujeción al castigo. Todos los humanos, incluso los infantes, están sometidos al castigo. “Hijos de ira” ([Efesios 2:3](#)) es un semitismo para indicar el castigo divino (véase [2 Pedro 2:14](#)).¹ Las imprecaciones bíblicas contra los niños ([Salmo 137:9](#)) indican esto. En [Romanos 5:12](#) dice que la muerte física (véase [5:6–8](#), [10](#), [14](#), [17](#)) nos llega a todos, evidentemente, infantes incluidos, porque todos hemos pecado. Los niños, antes de llegar a la edad de la responsabilidad o el consentimiento moral (es probable que la edad cronológica varíe según la persona), no son personalmente culpables. No tienen conocimiento del bien ni del mal ([Deuteronomio](#)

1:39; véase Génesis 2:17). Romanos 7:9–11 afirma que Pablo estaba “vivo” hasta que llegó la ley mosaica (véase 7:1), la cual hizo que el pecado “reviviese”, engañándolo y matándolo espiritualmente.

La salvación en la niñez. Aunque se considere a los infantes como pecadores y, por tanto, condenados al infierno, esto no significa que se envíe realmente a ninguno allí. Las diversas doctrinas indican varios mecanismos para la salvación de algunos, o de todos: dentro del calvinismo, la elección incondicional; con el sacramentalismo, el bautismo de infantes; la fe preconsciente; el conocimiento previo por parte de Dios sobre cómo habría vivido el niño; la bondad especial de Dios hacia los niños; el pacto implícito de una familia de creyentes (quizá con inclusión de la “ley del corazón”, Romanos 2:14–15), que pasaría por encima del pacto adámico; la gracia preventiva (del latín: la gracia “que viene antes” de la salvación), que habría extendido la expiación a todos los que no hayan llegado a la edad del uso de razón. Sea como fuere, podemos estar seguros de que el “juez de toda la tierra” hace lo que es correcto (Génesis 18:25).

El paralelo entre Adán y Cristo. Romanos 5:12–21 y, en menor grado, 1 Corintios 15:21–22, insisten en un fuerte paralelo entre Adán y Cristo. Romanos 5:19 es especialmente significativo: “Porque así como por la desobediencia de un hombre [Adán] los muchos fueron constituidos [gr., verbo *kazístemi*] pecadores, así también por la obediencia de uno [Cristo], los muchos serán constituidos [*kazístemi*] justos”. En el Nuevo Testamento, lo corriente es que el verbo *kazístemi* se refiera a la acción de una persona al designar a otra para una posición. No se requiere una acción real para alcanzar la posición. Por tanto, las personas que en realidad no habían pecado, pudieron ser convertidas por Adán en pecadores. En una imagen opuesta a la de Cristo, Adán puede hacer pecadores a los humanos por un acto forense o legal que no requiera un pecado real por parte de ellos. (Que la persona deba “aceptar a Cristo” para ser salva, no puede formar parte del paralelo, puesto que es posible que sean salvos los infantes que no pueden aceptarlo conscientemente; 2 Samuel 12:23.)

No todos como Adán. Está claro que algunas personas no pecaron de la misma manera que Adán; sin embargo, sí pecaron, y también murieron (Romanos 5:14).¹

El pecado de un solo hombre. En Romanos 5:12–21, Pablo dice repetidamente que el pecado de un solo hombre trajo sobre todos los humanos la condenación y la muerte (véase también 1 Corintios 15:21–22).

La maldición del suelo. Se debe identificar alguna base para la maldición lanzada por Dios sobre el suelo ([Génesis 3:17-18](#)).

La ausencia de pecado en Cristo. Se le debe conceder a Cristo una naturaleza humana completa, al mismo tiempo que se salvaguarda su total ausencia de pecado.

La justicia de Dios. Se debe conservar la justicia con que actuó Dios al permitir que el pecado de Adán pasara a los demás.

8.1.2 El pecado original: un análisis teológico

Se han hecho muchos intentos por construir un modelo o una teoría teológica que se ajuste a estos complejos parámetros. Pasamos ahora a comentar algunos de los más importantes.²

Conceptos judíos. Dentro del judaísmo se encuentran tres temas principales. La teoría dominante es que hay dos naturalezas, la buena, *yetser tov*, y la mala, *yetser ra* (véase [Génesis 6:5](#); [8:21](#)). Los rabinos discutían sobre la edad en la que se manifiestan estos impulsos, y sobre si el impulso al mal es un verdadero mal moral, o sólo un instinto natural. En todo caso, las personas malvadas son controladas por el impulso al mal, mientras que las personas buenas lo controlan. Una segunda teoría se refiere a los “vigilantes” ([Génesis 6:1-4](#)), ángeles encargados de supervisar la humanidad que pecaron con mujeres. Finalmente, hay ideas sobre el pecado original que son un anticipo al cristianismo. De la manera más dramática, el Midrash (comentario) sobre el Deuteronomio explica la muerte del justo Moisés por analogía con un niño que le pregunta al rey por qué está en prisión. El rey le responde que se debe al pecado de la madre del niño. De manera similar, Moisés murió por causa del primer hombre que introdujo la muerte al mundo. En resumen, el pecado original no es una innovación paulina, sino que Pablo, por el espíritu, desarrolló la idea en concordancia con el progreso de la revelación.¹

El agnosticismo. Algunos sostienen que las evidencias bíblicas son insuficientes para formar una teoría detallada sobre el pecado original. Toda declaración que vaya más allá de la conexión entre Adán y la raza humana en el tema de la pecaminosidad es considerada como especulación filosófica.² Aunque es cierto que no se debe basar la doctrina en la especulación extrabíblica, las deducciones a partir de las Escrituras son válidas.

El pelagianismo. El pelagianismo hace resaltar fuertemente la

responsabilidad personal, en oposición a la laxitud moral. Pelagio (alrededor de 361–420) enseñaba que la justicia de Dios no permitiría la transmisión del pecado de Adán a los demás, por lo que todos los humanos nacen sin pecado y con una voluntad totalmente libre. El pecado se esparce solamente a través del mal ejemplo. Por consiguiente, la vida sin pecado es posible, y se encuentran ejemplos de ella tanto dentro de la Biblia, como fuera de ella. Sin embargo, todo esto es ajeno a la Biblia. También les quita todo significado a las conexiones bíblicas entre Adán y la humanidad. La muerte de Jesús se convierte solamente en un buen ejemplo. La salvación es simplemente por las buenas obras. La nueva vida en Cristo es en realidad la disciplina antigua. Aunque es correcto insistir en la responsabilidad personal y la santidad, y en que algunos pecados son aprendidos, el pelagianismo ha sido correctamente juzgado como herejía.³

El semipelagianismo. El semipelagianismo sostiene que, aunque la humanidad ha sido debilitada con la naturaleza de Adán, a las personas les queda libre albedrío suficiente para iniciar la fe en Dios, a la cual Él entonces responde. La naturaleza debilitada se transmite de manera natural desde Adán.¹ Sin embargo, no queda bien explicado de qué forma se sostiene la justicia de Dios, al permitir que unas personas inocentes reciban incluso una naturaleza manchada, y cómo queda protegida la ausencia de pecado en Cristo. Lo más importante es que, en algunas de sus formulaciones, el semipelagianismo enseña que, a pesar de que la naturaleza humana quedó tan debilitada por la caída, que es inevitable que las personas pequen, con todo tienen suficiente bondad innata para iniciar una fe real.

La transmisión natural o genética. Esta teoría sostiene que la transmisión de la naturaleza corrompida se basa en la ley de la herencia. Da por supuesto que los rasgos espirituales se transmiten de igual manera que los naturales. Lo típico de estas teorías es que hablen de transmisión de la corrupción, pero no de culpa. Con todo, no parece existir una base adecuada para que Dios ponga una naturaleza corrompida en almas buenas. Tampoco queda claro cómo Cristo puede tener una naturaleza plenamente humana, que esté libre de pecado.²

La atribución mediatizada. La imputación mediatizada entiende que Dios les atribuye o carga la culpa a los descendientes de Adán a través de un medio indirecto, o mediato. El pecado de Adán lo hizo culpable, y como castigo, Dios corrompió su naturaleza. Puesto que ninguno de sus descendientes tomó parte en su acción, ninguno es culpable. Sin embargo, reciben su naturaleza como consecuencia natural del hecho de ser sus descendientes (no como castigo). Con todo, antes de que cometan ningún

pecado real o personal (lo cual es inevitable para su naturaleza corrompida), Dios los declara culpable, por poseer esa naturaleza corrupta.³ Lamentablemente, este intento por proteger a Dios de la injusticia de infligir la “culpa extraña” de Adán sobre la humanidad, tiene por consecuencia el afligir a Dios con una injusticia aun mayor, puesto que permite que la corrupción causante del pecado vicie a personas desprovistas de culpa, y después las juzga culpables debido a esta corrupción.

El realismo. El realismo y el federalismo (véase más adelante) son las dos teorías más importantes. El realismo sostiene que la “sustancia anímica” de todas las personas se hallaba real y personalmente en Adán (“seminalmente presente”, según el punto de vista traduciano sobre el origen del alma),¹ y participó realmente en su pecado. Todas las personas son culpables porque, en realidad, todas pecaron. Por tanto, la naturaleza de todos es corrompida por Dios como castigo por ese pecado. No hay una transmisión o traspaso de pecado, sino una completa participación racial en el primer pecado. Agustín (354–430) explicó la teoría diciendo que la corrupción se traspasaba por medio del acto sexual. Esto le permitía mantener a Cristo libre del pecado original por medio de su nacimiento virginal.² W. G. T. Shedd (1820–1894) añadiría un detalle más elaborado, al sostener que detrás de la voluntad de las decisiones diarias se halla la voluntad profunda, la “voluntad propiamente dicha”, que conforma la dirección definitiva que toma la persona. Esta voluntad profunda de cada persona es la que pecó realmente en Adán.³

El realismo tiene verdaderos puntos fuertes. No tiene el problema de la culpa ajena, se toma con seriedad la solidaridad entre Adán y la raza humana en el pecado de Adán, y parece manejarse bien el “todos pecaron” de [Romanos 5:12](#).

No obstante, existen problemas: el realismo tiene todas las debilidades del traducianismo extremo. El tipo de presencia personal necesario en Adán y Eva distorsiona incluso [Hebreos 7:9–10](#) (véase [Génesis 46:26](#)), el pasaje clásico del traducianismo. El “Y por decirlo así” ([Hebreos 7:9](#)) sugiere en griego que se ha de tomar lo que sigue en un sentido figurado.⁴ Conceptos como el de una “voluntad profunda” tienden a exigir y presuponer un concepto calvinista y determinista de la salvación. El realismo no puede explicar por sí mismo por qué, o apoyado en qué, Dios maldice el suelo.

Por consiguiente, es necesario algo como el pacto. Para que su humanidad haya carecido de pecado, Jesús debe haber cometido el primer

pecado en Adán, para ser purificado posteriormente, o no estaba presente en absoluto, o estaba presente pero no pecó, y fue pasando sin pecado a través de todas las generaciones siguientes. Cada una de estas posiciones presenta dificultades. (Sugerimos más adelante otra posición alternativa.) La idea de que todos hayan pecado personalmente no parece estar de acuerdo con la de que el pecado de un hombre haya hecho pecadores a todos ([Romanos 5:12, 15–19](#)). Puesto que todos pecaron en Adán, con Adán y como Adán, todos parecen haber pecado según el modelo de Adán, lo cual es contrario a [5:14](#).

El federalismo. La teoría federal de transmisión sostiene que la corrupción y el pecado cayeron sobre toda la humanidad porque Adán, cuando pecó, era cabeza de la raza humana en un sentido representativo, gubernamental o federal. Todos estamos sujetos al pacto entre Adán y Dios (el pacto adámico o pacto de las obras, en contraste con el pacto de la gracia). Se hace una analogía con una nación que declara la guerra. Sus ciudadanos sufren, tanto si están de acuerdo con la decisión, como si no; hayan participado en ella o no. Los descendientes de Adán no son personalmente culpables hasta que realmente hayan cometido pecado, pero se hallan en un estado de culpabilidad, y condenados al infierno por la atribución a ellos del pecado de Adán bajo el pacto. Debido a este estado, Dios los castiga con la corrupción. Por tanto, muchos federalistas distinguen entre el pecado heredado (la corrupción) y el pecado atribuido (la culpa) de Adán. La mayor parte de los federalistas son creacionistas en cuanto al origen del alma, pero el federalismo no es incompatible con el traducianismo.¹ El pacto de Adán incluía su mayordomía sobre la creación, y es la base justa para la maldición de Dios sobre el suelo. Cristo, como cabeza de un pacto y una raza nuevos, está exento del juicio de la corrupción y, por consiguiente, no tiene pecado.

El federalismo tiene muchos puntos fuertes. El pacto, como base bíblica para la transmisión del pecado, se halla en razonable acuerdo con [Romanos 5:12–21](#) y proporciona mecanismos para la maldición del suelo y para la protección de Cristo con respecto al pecado. No obstante, el federalismo también tiene puntos débiles. [Romanos 7](#) deberá describir solamente la comprensión de Pablo sobre su naturaleza pecadora, y no la experiencia misma de que el pecado lo haya matado. Más importante aún: la transmisión de una “culpa ajena” desde Adán es vista frecuentemente como injusta.²

Una teoría integrada. Es posible combinar varias de las teorías anteriores en un enfoque integrado. Esta teoría distingue entre la persona individual y la naturaleza pecaminosa de la carne. Cuando Adán pecó, se

separó de Dios, lo cual produjo la corrupción (incluso la muerte) en él como persona individual y en su naturaleza. Puesto que él contenía toda la naturaleza genérica, ésta quedó totalmente corrompida. Esta naturaleza genérica se transmite de manera natural al aspecto individual de la persona, el “yo” (como en [Romanos 7](#)).¹ El pacto adámico es la base justa para esta transmisión, y también para la maldición del suelo. El “yo” no es corrompido ni hecho culpable por la naturaleza genérica, pero esta naturaleza genérica sí impide que el “yo” agrade a Dios ([Juan 14:21](#); [1 Juan 5:3](#)). Al alcanzar el uso de razón, el “yo”, en lucha con la naturaleza, o responde a la gracia preventiva de Dios en la salvación, o peca realmente al ignorarla; de esta manera, el “yo” mismo es separado de Dios, convirtiéndose en culpable y corrupto. Dios sigue tratando de alcanzar al “yo” por medio de la gracia preventiva, y éste puede responder positivamente a la salvación.

Por consiguiente, [Romanos 5:12](#) puede decir que “todos pecaron” y que todos pueden estar corrompidos y necesitados de la salvación, pero no se carga de culpa a los que aún no han pecado realmente. Esto está de acuerdo con la lucha mencionada en [Romanos 7](#). No todas las personas pecan como Adán ([Romanos 5:14](#)), pero el pecado de un solo hombre sí les acarrea la muerte y los hace a todos pecadores; lo hace por medio del pacto adámico, un mecanismo paralelo al utilizado por Cristo para hacer justos a los pecadores ([Romanos 5:12–21](#)). Se evita el semipelagianismo extremo, puesto que el “yo” sólo puede reconocer su necesidad, pero no puede actuar en fe, debido a la naturaleza humana genérica ([Santiago 2:26](#)). Puesto que la separación de Dios es la causa de la corrupción, la unión de Cristo con su parte de la naturaleza genérica la restaura a la santidad. Debido a la venida del Espíritu sobre María en la concepción del “yo” humano de Cristo, éste era prerresponsable y, por tanto, sin pecado. Esta disposición es justa, porque Cristo es Cabeza de un nuevo pacto. De forma similar, la unión del Espíritu con el creyente en la salvación causa la regeneración.²

Aunque las Escrituras no afirman de manera explícita que el pacto haya sido la base de la transmisión, hay numerosas evidencias a favor de ello. Los pactos son parte fundamental del plan de Dios ([Génesis 6:18](#); [9:9–17](#); [15:18](#); [17:2–21](#); [Éxodo 34:27–28](#); [Jeremías 31:31](#); [Hebreos 8:6](#), [13](#); [12:24](#)). Había un pacto entre Dios y Adán. Oseas 6:7, “Cual Adán, traspasaron el pacto”, se refiere muy probablemente a este pacto, puesto que la traducción alterna, “hombres”, sería tautológica. [Hebreos 8:7](#), que llama “primero” al pacto con Israel, no excluye el pacto adámico, puesto que el contexto indica que sólo se refiere al primer pacto de Dios con Israel (no con toda la humanidad), y hay un pacto explícito anterior con

Noé ([Génesis 6:18; 9:9–17](#)). Los pactos bíblicos son obligatorios para las generaciones futuras, tanto para bien (Noé, [Génesis 6:18; 9:9–17](#)) como para mal (Josué y los gabaonitas, [Josué 9:15](#)). Con frecuencia, los pactos son la única base observable para los castigos (los israelitas que murieron en Hai debido al pecado de Acán en Jericó [[Josué 7](#)]; el sufrimiento del pueblo debido al censo ordenado por David [[2 Samuel 24](#)]). La circuncisión del pacto podía traer incluso niños extranjeros al seno de Israel ([Génesis 17:9–14](#)).

Algunos objetan que toda teoría que transmita alguna consecuencia del pecado de Adán a los demás es intrínsecamente injusta, porque atribuye su pecado de manera gratuita; es decir, sin una base. (Sólo el pelagianismo evita plenamente esto, al hacer a cada cual personalmente responsable. El pecado preconsciente del realismo retiene la mayor parte de las dificultades.) No obstante, los pactos son una base justa para dicha transmisión, por las razones siguientes: los descendientes de Adán habrían sido tan bendecidos por su buena conducta, como maldecidos fueron por su mala obra. Ciertamente, el pacto es más justo que la simple transmisión genética. La culpa y las consecuencias transmitidas por el pacto son similares a los pecados de ignorancia ([Génesis 20](#)).

Otros objetan que [Deuteronomio 24:16](#) y [Ezequiel 18:20](#) prohíben el castigo transgeneracional. Sin embargo, hay otros pasajes que hablan de dicho castigo (los primogénitos de Egipto; Moab; [Éxodo 20:5; 34:6–7; Jeremías 32:18](#)). No obstante, es justamente posible ver los primeros pasajes como referidos a la sucesión geológica como motivo insuficiente para la transmisión del castigo, y los pasajes posteriores como referidos a una base en los pactos, que es adecuada para el traspaso del castigo. En la teoría integrada, de manera alterna, puesto que la naturaleza corrupta no es un juicio positivo de Dios, en realidad no se presenta el tema del castigo por el pecado paterno. Por último, aun sin la corrupción y en la perfección de aquel huerto, ¿quién habría podido obedecer los mandamientos de Dios mejor que Adán? Además, con toda certeza, lo que algunos llaman la “injusticia” del pecado atribuido queda más que superado por la gracia de la salvación gratuitamente ofrecida en Cristo.

Aunque especulativa, una teoría integrada que utilice el pacto parecería tener en cuenta gran parte de los datos bíblicos.

8.2 LA EXISTENCIA Y DEFINICIÓN DEL PECADO

¿Cómo es posible que exista el mal, si Dios es totalmente bueno y poderoso?¹ Esta pregunta, y otra relacionada que se refiere a la fuente del

mal, son como el espectro que perturba todos los intentos por comprender el pecado. Antes de seguir adelante, debemos distinguir entre varias clases de mal. El mal moral, o pecado, es el quebrantamiento de la ley producido por criaturas con una voluntad. El mal natural es el desorden y la corrupción del universo (los desastres naturales, algunas enfermedades, etc.). Está conectado con la maldición de Dios sobre el suelo ([Génesis 3:17–18](#)). El mal metafísico es el mal no intencional, consecuencia de la limitación de las criaturas (la incapacidad mental y física, etc.).

La Biblia afirma que en Dios hay perfección moral ([Salmo 100:5](#); [Marcos 10:18](#)) y poder ([Jeremías 32:17](#); [Mateo 19:26](#)). Él fue el único creador ([Génesis 1:1–2](#); [Juan 1:1–3](#)), y todo cuanto creó era bueno ([Génesis 1](#); [Eclesiastés 7:29](#)). No creó la maldad, a la que odia ([Salmo 7:11](#); [Romanos 1:18](#)). Ni tienta, ni es tentado ([Santiago 1:13](#)). Con todo, es necesario tener en cuenta dos pasajes aparentemente contradictorios: el primero es [Isaías 45:5](#), donde se dice que Dios creó el mal. Sin embargo, *rá*, “mal”, tiene también un sentido que no tiene que ver con la moral (por ejemplo, en [Génesis 47:9](#)), y que se podría traducir como “desastre”. Esto es lo que mejor contrasta con la “paz” (véase [Amós 6:3](#)) y es la traducción preferible. Por consiguiente, Dios produce el juicio moral; no la maldad inmoral.

En segundo lugar, también suscita interrogantes el que se diga que Dios endurece o ciega a las personas. Esto puede ser un “entregar” pasivo en el que Dios se limita a dejar a las personas a la merced de sus propios deseos ([Salmo 81:12](#); [Romanos 1:18–28](#); [1 Timoteo 4:1–2](#)), o una imposición activa de endurecimiento en personas que se han entregado de manera irrevocable a la maldad ([Éxodo 1:8–15:21](#); [Deuteronomio 2:30](#); [Josué 11:20](#); [Isaías 6:9–10](#); [2 Corintios 3:14–15](#); [Efesios 4:17–19](#); [2 Tesalonicenses 2:9–12](#)).

Observemos el ejemplo del Faraón ([Éxodo 1:8 a 15:21](#)). El Faraón no fue creado con el propósito de endurecerlo, como podría sugerir una lectura superficial de [Romanos 9:17](#) (“te he levantado”). El hebreo *amad* ([Éxodo 9:16](#)) y *diateréo*, su correspondiente en la Septuaginta (LXX), hacen referencia a categoría o posición, no a creación, que se hallaría dentro del campo semántico de *exeguéiro* ([Romanos 9:17](#)). El Faraón merecía el castigo divino desde la primera vez que había rechazado la súplica de Moisés ([Éxodo 5:2](#)), pero Dios lo conservó para poder glorificarse a través de él. Inicialmente, Dios sólo predijo que endurecería el corazón del Faraón ([4:21](#), heb. *ajadzeq*, “haré fuerte”; [7:3](#), heb. *aqsé*, “haré pesado”, esto es, difícil de mover). Sin embargo, antes que Dios actuara, el Faraón ya había endurecido su propio corazón (implícitamente, [1:8–22](#); [5:2](#); y

explícitamente, 7:13–14). Es evidente que el corazón del Faraón “se volvió duro” (literalmente “se volvió fuerte”) como reacción al bondadoso milagro que hizo desaparecer la plaga, y Dios dijo entonces que el corazón del Faraón “se endureció” (heb. *kaved*, “está pesado”¹ 7:22–23; 8:15, 32; 9:7). Entonces, el Faraón continuó el proceso (9:34–35) con la ayuda de Dios (9:12; 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8, 17).

Este esquema aparece de manera explícita en los otros casos, o bien es compatible con ellos y con la justicia santa de Dios (Romanos 1:18). Por consiguiente, Dios puede acelerar la pecaminosidad auto-confirmada para cumplir sus propósitos (Salmo 105:25); pero los pecadores siguen siendo responsables (Romanos 1:20).² Puesto que Dios no creó el mal y, sin embargo, sí creó todo cuanto existe, no es posible que el mal tenga una existencia exclusiva de él. El mal es una ausencia o un desorden del bien. Podemos ilustrar esto por medio de la sal de mesa, un compuesto, o mezcla, fuertemente unido de dos sustancias químicas: el sodio y el cloro. Cuando no están unidos, ambos elementos son altamente dañinos. El sodio se incendia al contacto con el agua, y el cloro es un veneno mortal.³ Como la sal en desorden, la creación perfecta de Dios es mortal cuando el pecado la saca de su equilibrio.⁴ Todo el mal surge a través de las caídas de Satanás y de Adán. Por consiguiente, el mal natural se deriva del mal moral. En última instancia, toda enfermedad procede del pecado; no siempre del pecado del que está enfermo (Juan 9:1–3), aunque también es posible (Salmo 107:17; Isaías 3:17; Hechos 12:23). La gran ironía de Génesis 1–3 es que tanto Dios como Satanás utilizan el lenguaje: el uno de manera creativa para sacar la realidad y el orden *ex nihilo*, y el otro de manera imitativa para hacer brotar el engaño y el desorden. El mal depende del bien, y la obra de Satanás no es más que imitación.

Puesto que Dios era capaz de detener el mal (por ejemplo, aislando el árbol), y con todo, no lo hizo, y puesto que sabía con certeza lo que sucedería, parece ser que permitió que apareciera el mal. (Esto es algo muy distinto a causarlo.) De aquí se sigue que el Dios Santo vio un bien mayor en permitir el mal. Damos a continuación algunas sugerencias sobre la naturaleza exacta de este bien: (1) que la humanidad maduraría por medio del sufrimiento (véase Hebreos 5:7–9);¹ (2) que los humanos podrían así amar a Dios libre y verdaderamente, puesto que un amor así exige la posibilidad del odio y del pecado;² (3) que Dios se podría expresar de maneras que habrían sido imposibles en circunstancias distintas (como con respeto a su odio por el mal, Romanos 9:22, y su bondadoso amor por los pecadores, Efesios 2:7).³ Todos estos puntos de vista poseen cierta validez.⁴

Describir el pecado es una tarea difícil. Es posible que esto se deba a su naturaleza parasitaria; al hecho de que no tiene existencia separada, sino que va condicionado por aquello a lo que se adhiere. Con todo, en las Escrituras sí aparece una imagen de la existencia derivada y camaleónica del pecado.

Se han hecho muchas sugerencias sobre la esencia del pecado: la incredulidad, el orgullo, el egoísmo, la rebelión, la corrupción moral, la lucha entre la carne y el espíritu, la idolatría, o combinaciones de las características anteriores.⁵ Aunque todas estas ideas tengan valor informativo, ninguna caracteriza a todos los pecados; por ejemplo, a los pecados de ignorancia, y ninguna explica de manera adecuada al pecado como naturaleza. Lo más importante de todo es que todas estas ideas definen al pecado en función de los pecadores, que son muchos, diversos e imperfectos. Parecería preferible definir al pecado en función de Dios. Sólo Él es uno, coherente y absoluto, y la oposición del pecado queda desplegada contra su santidad.

Quizá la mejor definición del pecado sea la que aparece en [1 Juan 3:4](#), donde dice: “El pecado es infracción de la ley.” Cualquier otra cosa que sea el pecado, en su centro mismo es una infracción de la ley de Dios. También puesto que “toda injusticia es pecado” ([1 Juan 5:17](#)), toda injusticia quebranta la ley de Dios. Por eso David confiesa: “Contra ti, contra ti solo he pecado” ([Salmo 51:4](#); véase [Lucas 15:18, 21](#)). Además, la transgresión obliga a una separación del Dios de vida y santidad, lo cual trae como consecuencia necesaria la corrupción (muerte incluida) de la naturaleza humana, dependiente y finita. Por consiguiente, esta definición del pecado es bíblica y precisa, y abarca todo tipo de pecado, explica los efectos del pecado en la naturaleza y hace referencia a Dios, no a la humanidad. Es decir, que vemos su verdadera naturaleza a base de observar el contraste que hace con Dios; no a base de comparar sus efectos entre los seres humanos.

Aunque los creyentes no se hallan bajo la ley mosaica, aún existen normas objetivas que se pueden quebrantar ([Juan 4:21](#); [1 Juan 5:3](#); las numerosas regulaciones de las epístolas). Debido a la incapacidad de los humanos para cumplir la ley, sólo una relación con Cristo puede proporcionar la expiación para cubrir el pecado, y el poder para llevar una vida piadosa. El creyente que peque deberá aún confesarlo, y cuanto le sea posible, hacer restitución; no para lograr una absolución, sino para reafirmar su relación con Cristo. Ésta es la fe que siempre ha sido contraria a la “justicia de las obras” ([Habacuc 2:4](#); [Romanos 1:17](#); [Gálatas 3:11](#); [Hebreos 10:38](#)), así que todo lo que no proceda de la fe, es pecado

(Romanos 14:23; véase Tito 1:15; Hebreos 11:6). Por consiguiente, el pecado — en creyentes o incrédulos, antes o después de la crucifixión — es siempre un quebrantamiento de la ley, y la única solución es la fe en Cristo.

No son los sentimientos ni la filosofía los que pueden definir el pecado,¹ sino sólo Dios en su ley, deseo y voluntad. Descubrimos esto de la manera más concreta a través de las Escrituras. Aunque, en el mejor de los casos, el corazón del creyente (en su definición más amplia) puede captar el pecado (Romanos 2:13–15; 1 Juan 3:21), su sensibilidad espiritual al bien y al mal exige desarrollo (Hebreos 5:14). El corazón ha sido profundamente malvado (Jeremías 17:9), y puede quedar cauterizado (1 Timoteo 4:2); también puede tener falsos sentimientos de culpa (1 Juan 3:20).² Por esta razón no se pueden poner nunca los sentimientos subjetivos por encima de la Palabra escrita y objetiva de Dios. Con todo, necesitamos ser espiritualmente sensibles.

La idea del pecado como quebrantamiento de la ley se halla metida dentro del lenguaje mismo de las Escrituras. El grupo afín a la palabra *jatta't*, el más importante en hebreo para expresar la idea de “pecado”, lleva en sí la idea básica de “no dar en el blanco” (Jueces 20:16; Proverbios 19:2). Con esta idea de un blanco objetivo, o norma, se puede referir a los pecados voluntarios (Éxodo 10:17; Deuteronomio 9:18; Salmo 25:7), a una realidad externa de pecado (Génesis 4:7), a una forma de pecado (Génesis 18:20; 1 Reyes 8:36), a los errores (Levítico 4:2) y a las ofrendas exigidas por ellos (Levítico 4:8). *Avóun*, “iniquidad”, derivado de la idea de “torcer” o “deformar”, habla de pecados serios, y con frecuencia se pone en paralelo con el término *jatta't* (Isaías 43:24). El verbo *abar* se refiere a cruzar unos límites, de manera que, en sentido metafórico, se refiere a una transgresión (Números 14:41; Deuteronomio 17:2). *Reshá* puede significar mal (Proverbios 11:10) o injusticia (Proverbios 28:3–4).

En griego, el grupo de palabras relacionado con *hamartía* es el que lleva en sí el concepto genérico de pecado en el Nuevo Testamento. Con el significado básico de “no dar en el blanco” (como en *jatta't*), es un término de amplio significado, que originalmente no tuvo connotación moral alguna. Sin embargo, en el Nuevo Testamento se refiere a pecados concretos (Marcos 1:5; Hechos 2:38; Gálatas 1:4; Hebreos 10:12) y al pecado como fuerza (Romanos 6:6, 12; Hebreos 12:1). *Anomía* (del gr. *nómos*, “ley”, unido al prefijo de negación *a*), “sin ley”, “ausencia de ley”, “iniquidad” y los términos relacionados con ella, representa probablemente el lenguaje más fuerte sobre el pecado. El adjetivo y el adverbio se pueden referir a los que carecen de la Torá (Romanos 2:12; 1

[Corintios 9:21](#)), pero generalmente, la palabra identifica a alguien que ha quebrantado alguna ley divina ([Mateo 7:23](#); [1 Juan 3:4](#)). Ésta es también la “iniquidad” de [2 Tesalonicenses 2:7–12](#).

Otro término que se utiliza para identificar el pecado, *adikía*, se suele traducir literalmente como “injusticia”, y comprende desde una simple equivocación hasta las violaciones más notables de la ley. Es la gran iniquidad ([Romanos 1:29](#); [2 Pedro 2:13–15](#)), y hace contraste con la justicia ([Romanos 6:13](#)). *Parábasis*, “violación”, “transgresión”, y sus derivados, indican el quebrantamiento de una norma. Esta palabra describe la caída ([Romanos 5:14](#); véase [1 Timoteo 2:14](#)), la transgresión de la ley como pecado ([Santiago 2:9](#), 11) y la pérdida de su condición de apóstol por parte de Judas ([Hechos 1:25](#)). *Asébeia*, “impiedad” (el prefijo de negación *a*, unido al sustantivo derivado del verbo *sébomai* [“mostrar reverencia”, “adorar”, etc.]), sugiere una insensibilidad espiritual que tiene por consecuencia un pecado grave (Judas 4), produciendo una gran condenación ([1 Pedro 4:18](#); [2 Pedro 2:5](#); [3:7](#)).

La idea del pecado como quebrantamiento de la ley, o desorden, se enfrenta en un fuerte contraste al Dios personal que trajo, con su palabra, a existencia un mundo ordenado y bueno. La idea misma de personalidad (ya sea humana o divina) exige un orden; la ausencia de éste hace surgir la expresión técnica tan común de “desórdenes de personalidad”.¹

8.3 LAS CARACTERÍSTICAS DEL PECADO

Muchas de las facetas del pecado se reflejan en las características que presentamos a continuación, extraídas del texto bíblico.

Vemos el pecado como incredulidad o falta de fe en la caída, en el rechazo de la revelación general por parte de la humanidad ([Romanos 1:18–2:2](#)), y en los condenados a la muerte segunda ([Apocalipsis 21:8](#)). Está estrechamente relacionado con la desobediencia de Israel en el desierto ([Hebreos 3:18–19](#)). El término griego *apistía*, “incredulidad” ([Hechos 28:24](#)), combina el prefijo de negación *a* con un derivado de la palabra *pístis*, “fe”, “confianza”, “fidelidad”. Todo aquello que no proceda de la fe, es pecado ([Romanos 14:23](#); [Hebreos 11:6](#)). La incredulidad es lo opuesto a la fe salvadora ([Hechos 13:39](#); [Romanos 10:9](#)), y termina en el castigo eterno ([Juan 3:16](#); [Hebreos 4:6](#), 11).

El orgullo es la exaltación de sí mismo. Irónicamente, es a un tiempo el anhelo de ser como Dios (como en la tentación de Eva por parte de Satanás), y el rechazo de Dios ([Salmo 10:4](#)). A pesar de su terrible precio,

carece de valor alguno delante de Dios (Isaías 2:11) y es odiado por Él (Amós 6:8). Engaña (Abdías 3) y conduce a la destrucción (Proverbios 16:18; Abdías 4; Zacarías 10:11). Contribuyó a que la incredulidad de Capernaúm fuera peor que la depravación de Sodoma (Mateo 11:23; Lucas 10:15), y permanece como la antítesis de la humildad de Jesús (Mateo 11:29; 20:28; véase Filipenses 2:3–8). En el juicio final, los orgullosos serán humillados, mientras que los humildes serán exaltados (Mateo 23:1–12; Lucas 14:7–14). Aunque tengan un lado positivo, lo típico de la palabra hebrea *ga'ón* (Amós 6:8) y de la griega *hyperéfanos* (Santiago 4:6) es que denoten una arrogancia permanente y profunda.

Estrechamente relacionados con el orgullo, el deseo insano o mal orientado, y su egocentrismo, se hallan el pecado y una motivación al pecado (1 Juan 2:15–17). La *epizymía* (el “deseo”, Santiago 4:2), usada en mal sentido, conduce al asesinato y a la guerra, y la *pleonexía*, una apasionada “avaricia”, o “afán de tener más”, es hecha equivalente a la idolatría. Por consiguiente, queda condenado todo deseo malvado (Romanos 6:12).

Ya se trate de la desobediencia de Adán, o del desamor del creyente (Juan 14:15, 21; 15:10), todo pecado consciente es una rebelión contra Dios. El hebreo *peshá* señala una “rebelión” premeditada y deliberada (Isaías 59:13; Jeremías 5:6). Se refleja también el concepto de rebelión en *mará* (“ser refractario, ser obstinado”; Deuteronomio 9:7) y *sarar* (“ser obstinado”; Salmo 78:8), y en griego, *apéizeia* (“desobediencia”, Efesios 2:2), *apostasía* (“apostasía” o “abandono en rebeldía, deserción”; Romanos 5:19; 2 Corintios 10:6). Así, se equipara la rebelión con el pecado de adivinación, en el que se busca orientación en fuentes ajenas a Dios y su Palabra (1 Samuel 15:23).

El pecado, el producto del “padre de la mentira” (Juan 8:44), es la antítesis de la verdad de Dios (Salmo 31:5; Juan 14:6; 1 Juan 5:20). Desde el principio ha engañado en cuanto a lo que ha prometido y ha incitado a los que engaña a cometer mayores prevaricaciones (Juan 3:20; 2 Timoteo 3:13). Puede producir un placer fuerte, pero sólo temporal (Hebreos 11:25). Tanto el hebreo *ma'al*, “infidelidad”, “engaño” (Levítico 26:40), como el griego *paráptoma*, “paso en falso”, “transgresión” (Hebreo 6:6), pueden significar traición debida a la incredulidad.

El lado objetivo de la mentira del pecado es la distorsión real del bien. El vocablo hebreo *avóun*, derivado de la idea de torcer o pervertir, presenta este significado (Génesis 19:15; Salmo 31:10; Zacarías 3:9). Varios compuestos del verbo *stréfo*, “girar” (*apo-*, Lucas 23:14; *dia-*, Hechos 20:30;

meta-, [Gálatas 1:7](#); *ek-*, [Tito 3:11](#)), cumplen la misma función en griego, tal como lo hace *skoliós*, “torcido”, “carente de escrúpulos” ([Hechos 2:40](#)).

En general, el concepto bíblico del mal comprende tanto el pecado como sus consecuencias. El hebreo *rá'* tiene una amplia variedad de usos: los animales inadecuados para el sacrificio ([Levítico 27:10](#)); las dificultades de la vida ([Génesis 47:9](#)); el aspecto maligno del árbol del Edén ([Génesis 2:17](#)); las imaginaciones del corazón ([Génesis 6:5](#)); los actos de maldad ([Exodo 23:2](#)); las personas malvadas ([Génesis 38:7](#)); la retribución ([Génesis 31:29](#)); y el justo castigo de Dios ([Jeremías 6:19](#)). En griego, es típico del vocablo *kakós* que designe cosas malas o desagradables ([Hechos 28:5](#)). Sin embargo, *kakós* y sus compuestos pueden tener un significado moral más amplio, y designar pensamientos ([Marcos 7:21](#)), acciones ([2 Corintios 5:10](#)), personas ([Tito 1:12](#)), y el mal como fuerza ([Romanos 7:21](#); [12:21](#)). *Ponería* y su grupo de palabras desarrollan en el Nuevo Testamento una connotación fuertemente ética que incluye a Satanás como “el maligno” ([Mateo 13:19](#); véase también [Marcos 4:15](#); [Lucas 8:12](#); véase [1 Juan 2:13](#)) y el mal colectivo ([Gálatas 1:4](#)).

Los pecados que son especialmente repugnantes para Dios son designados como detestables, o “abominaciones”. *To'ebá*, “algo abominable, detestable, ofensivo”, puede referirse a los impíos ([Proverbios 29:27](#)), al travestismo ([Deuteronomio 22:5](#)), a la homosexualidad ([Levítico 18:22](#)), a la idolatría ([Deuteronomio 7:25–26](#)), a los sacrificios de niños ([Deuteronomio 12:31](#)) y a otros pecados graves ([Proverbios 6:16–19](#)). La palabra griega correspondiente es *bdélygma*, que identifica a una gran hipocresía ([Lucas 16:15](#)), a la desecración máxima del Lugar Santo ([Mateo 24:15](#); [Marcos 13:14](#)) y al contenido de la copa que sostiene la Babilonia ramera ([Apocalipsis 17:4](#)).

8.4 LA FUERZA Y EXTENSIÓN DEL PECADO

Tal como se ha indicado a lo largo de este capítulo y en el estudio sobre Satanás (capítulo 6), hay una fuerza maligna personal y real que está operando en el universo contra Dios y contra los suyos. Esto sugiere lo altamente importantes que son el exorcismo, la guerra espiritual y cosas similares, pero sin la atroz histeria que con mucha frecuencia acompaña a estos esfuerzos.

El pecado no consta solamente de actos aislados, sino que es también una realidad o naturaleza dentro de la persona (véase [Efesios 2:3](#)). El pecado como naturaleza indica el “asiento” o “localización” del pecado dentro de la persona, como la fuente inmediata de pecado. En sentido

negativo, se lo considera en la necesidad de una regeneración; el recibir una nueva naturaleza que reemplace a la antigua, que es pecaminosa (Juan 3:3–7; Hechos 3:19; 1 Pedro 1:23). Esto queda resaltado por la idea de que la regeneración es algo que sólo puede suceder a partir de fuera de la persona (Jeremías 24:7; Ezequiel 11:19; 36:26–27; 37:1–14; 1 Pedro 1:3).

El Nuevo Testamento relaciona la naturaleza de pecado con la *sárx*, esto es, la “carne”. Aunque originalmente se refiriese al cuerpo material, Pablo hace la innovación de hacerla equivalente a la naturaleza pecaminosa (Romanos 7:5–8:13; Gálatas 5:13, 19). En este sentido, la *sárx* es el asiento de los apetitos incorrectos (Romanos 13:14; Gálatas 5:16, 24; Efesios 2:3; 1 Pedro 4:2; 2 Pedro 2:10; 1 Juan 2:16). El pecado y las pasiones brotan de la carne (Romanos 7:5; Gálatas 5:17–21); nada bueno habita en ella (Romanos 7:18) y los pecadores empedernidos de la iglesia son entregados a Satanás para la destrucción de la carne, posiblemente una enfermedad que los haga arrepentirse (1 Corintios 5:5; véase 1 Timoteo 1:20). El vocablo *sóma*, “cuerpo”, es usado de manera similar sólo ocasionalmente (Romanos 6:6; 7:24; 8:13; Colosenses 2:11). No se considera al cuerpo físico como malo en sí mismo.¹

El vocablo hebreo *leb* o *lebab*, “corazón”, “mente” o “entendimiento” indica la esencia de la persona. Ésta puede ser pecaminosa (Génesis 6:5; Deuteronomio 15:9; Isaías 29:13) por encima de todo (Jeremías 17:9). Por consiguiente, está necesitada de renovación (Salmo 51:10; Jeremías 31:33; Ezequiel 11:19). De ella brotan las malas intenciones (Jeremías 3:17; 7:24), y todas sus inclinaciones son malas (Génesis 6:5). El vocablo griego *kardía*, “corazón”, indica también la vida interior y el yo. De él salen tanto el mal como el bien (Mateo 12:33–35; 15:18; Lucas 6:43–45). Puede tener el significado de la esencia de la persona (Mateo 15:19; Hechos 15:9; Hebreos 3:12). El *kardía* puede estar endurecido (Marcos 3:5; 6:52; 8:17; Juan 12:40; Romanos 1:21; Hebreos 3:8). Como la *sárx*, el *kardía* puede ser la fuente de deseos incorrectos (Romanos 1:24). De manera similar, la mente, el *nús*, puede ser malvada en sus obras (Romanos 1:28; Efesios 4:17; Colosenses 2:18; 1 Timoteo 6:5; 2 Timoteo 3:8; Tito 1:15), y estar necesitada de renovación (Romanos 12:2).

El pecado lucha contra el Espíritu. La naturaleza de pecado es totalmente contraria al Espíritu y se halla fuera del control de la persona (Gálatas 5:17; véase Romanos 7:7–25). Es muerte para el humano (Romanos 8:6, 13) y una ofensa para Dios (Romanos 8:7–8; 1 Corintios 15:50). De ella procede la *epizymía*, la gama completa de deseos impíos (Romanos 1:24; 7:8; Tito 2:12; 1 Juan 2:16). El pecado incluso habita

dentro de la persona (Romanos 7:17–24; 8:5–8) como principio o ley (Romanos 7:21, 23, 25).

Con frecuencia, el pecado comienza en la naturaleza pecaminosa como resultado de una tentación mundana o sobrenatural (Santiago 1:14–15; 1 Juan 2:16). Una de las características más insidiosas del pecado es que hace surgir más pecado. Como si se tratara de un tumor maligno, el pecado crece a partir de sí mismo hasta llegar a proporciones mortales, tanto en extensión como en intensidad, a menos que se lo elimine por medio de la purificación con la sangre de Cristo. Podemos ver la autorreproducción del pecado en la caída (Génesis 3:1–13), en el descenso de Caín de los celos al homicidio (Génesis 4:1–15) y en la lujuria de David, que dio origen al adulterio, el asesinato y al sufrimiento por generaciones (2 Samuel 11–12). Romanos 1:18–32 es un recuento del curso descendente seguido por la humanidad desde el rechazo de la revelación hasta el abandono completo y la proselitización. De manera similar, los “siete pecados capitales” (una antigua lista de vicios hecha en contraste con virtudes paralelas) han sido considerados, no sólo como los pecados radicales, sino también como una secuencia descendente de pecados.¹

Este proceso, en el que un pecado se alimenta de otro, se realiza a través de muchos mecanismos. Satanás, el ambicioso autor de la maldad, es el archiantagonista en este drama malvado. Como gobernante de esta era presente (Juan 12:31; 14:30; 16:11; 2 Corintios 4:4; Efesios 2:2), trata constantemente de engañar, tentar, sacudir y devorar (Lucas 22:31–34; 2 Corintios 11:14; 1 Tesalonicenses 3:5; 1 Pedro 5:8), incluso trata de incitar directamente al corazón (1 Crónicas 21:1). La inclinación natural de la carne, que aún espera su redención total, también representa su papel. Las tentaciones del mundo atraen al corazón (Santiago 1:2–4; 1 Juan 2:16). Con frecuencia, el pecado necesita más pecado para alcanzar su esquiva meta, como en el intento por parte de Caín de esconder de Dios su crimen (Génesis 4:9). El placer del pecado (Hebreos 11:25–26) puede hacer que se refuerce a sí mismo. Los pecadores provocan a sus víctimas a reaccionar con pecado (observemos las exhortaciones en contra: Proverbios 20:22; Mateo 5:38–48; 1 Tesalonicenses 5:15; 1 Pedro 3:9). Los pecadores seducen a otros al pecado (Génesis 3:1–6; Éxodo 32:1; 1 Reyes 21:25; Proverbios 1:10–14; Mateo 4:1–11; 5:19; Marcos 1:12–13; Lucas 4:1–13; 2 Timoteo 3:6–9; 2 Pedro 2:18–19; 3:17; 1 Juan 2:26).² Los pecadores animan a otros pecadores a pecar (Salmo 64:5; Romanos 1:19–32).³ Los humanos endurecen su corazón contra Dios y tratan de eludir la perturbación mental que causa el pecado (1 Samuel 6:6; Salmo 95:8; Proverbios 28:14; Romanos 1:24, 26, 28; 2:5; Hebreos 3:7–19; 4:7). Por

último, el endurecimiento del corazón por parte de Dios puede facilitar este proceso.

Nunca se debe confundir la tentación con el pecado. Jesús sufrió las tentaciones más grandes de todas ([Mateo 4:1–11](#); [Marcos 1:12–13](#); [Lucas 4:1–13](#); [Hebreos 2:18](#); [4:15](#)), y no tuvo pecado ([2 Corintios 5:21](#); [Hebreos 4:15](#); [7:26–28](#); [1 Pedro 1:19](#); [2:22](#); [1 Juan 3:5](#), y las pruebas de su divinidad). Además, si la tentación fuera pecado, Dios no nos daría ayuda para soportarla ([1 Corintios 10:13](#)). Aunque Dios sí prueba y examina a los suyos ([Génesis 22:1–14](#); [Juan 6:6](#)), y es evidente que permite la tentación ([Génesis 3](#)), Él mismo no tienta ([Santiago 1:13](#)). Desde el punto de vista práctico, la Biblia nos exhorta acerca del peligro de la tentación y la necesidad de evitarla y de ser librados de ella ([Mateo 6:13](#); [Lucas 11:4](#); [22:46](#); [1 Corintios 10:13](#); [1 Timoteo 6:6–12](#); [Hebreos 3:8](#); [2 Pedro 2:9](#)).

En la Biblia hay gran abundancia de descripciones de actos pecaminosos y de advertencias contra ellos, incluyendo listas de vicios (las más típicas: [Romanos 1:29–31](#); [13:13](#); [1 Corintios 5:10–11](#); [6:9–10](#); [2 Corintios 12:20–21](#); [Gálatas 5:19–21](#); [Efesios 4:31](#); [5:3–5](#); [Colosenses 3:5](#), [8](#); [Apocalipsis 21:8](#); [22:15](#)). Estos pasajes muestran lo serio que es el pecado y exhiben su increíble variedad; sin embargo, también llevan en sí el peligro de incitar a una morbosa desesperación con respecto a pecados pasados o futuros. Aun más serio es que pueden reducir el pecado a simples acciones, pasando por alto la profundidad del pecado como una ley, naturaleza y fuerza dentro de la persona y del universo, y terminando por llevar a la persona a ver sólo los síntomas, al tiempo que ignora la enfermedad.

Las Escrituras describen muchas categorías relacionadas con el pecado. Tanto los incrédulos como los creyentes pueden cometer pecados; ambos quedan heridos al cometerlos y necesitan de la gracia. Se pueden cometer pecados contra Dios, contra los demás, contra uno mismo, o una combinación de lo anterior. Con todo, a fin de cuentas, todo pecado va contra Dios ([Salmo 51:4](#); véase [Lucas 15:18](#), [21](#)). Se puede confesar el pecado para que sea perdonado; si el pecado es perdonado, aún seguirá ejerciendo su influjo sobre la persona. La Biblia enseña que una actitud puede ser tan pecaminosa como un acto. Por ejemplo, la ira es tan pecaminosa como el asesinato, y una mirada lujuriosa es tan pecaminosa como el adulterio ([Mateo 5:21–22](#); [27–28](#); [Santiago 3:14–16](#)). Una actitud de pecado le quita eficacia a la oración ([Salmo 66:18](#)). El pecado puede ser activo o pasivo; esto es, hacer el mal o dejar de hacer el bien ([Lucas 10:30–37](#); [Santiago 4:17](#)). Los pecados corporales de tipo sexual son muy graves para los cristianos, porque están haciendo mal uso del cuerpo del

Señor en la persona del creyente, y porque el cuerpo es el templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:12–20).

Se puede pecar en ignorancia (Génesis 20; Levítico 5:17–19; Números 35:22–24; Lucas 12:47–48; 23:34).¹ Sabiamente, el salmista pide ayuda para poderlos discernir (Salmo 19:12). Parece que aquéllos que sólo tienen la ley de la naturaleza (Romanos 2:13–15) cometen pecados de ignorancia (Hechos 17:30). Todas las personas son responsables y sin excusa hasta cierto punto (Romanos 1:20), y la ignorancia voluntaria, como la del Faraón, producida por un continuo endurecimiento de sí mismo, es fuertemente condenada. El pecado secreto es tan malvado como el pecado cometido en público (Efesios 5:11–13). Esto es especialmente cierto en el caso de la hipocresía, una forma de pecado secreto, en la cual la apariencia externa encubre la realidad interna (Mateo 23:1–33; observe el v. 5). Sin embargo, los pecados cometidos abiertamente tienden a crear presunción y subversión en la comunidad (Tito 1:9–11; 2 Pedro 2:1–2). Muchos rabinos creían que el pecado secreto también negaba de una manera eficaz la omnipresencia de Dios.¹

Una persona comete pecados de debilidad debido a unos deseos divididos, generalmente después de una lucha contra la tentación (Mateo 26:36–46; Marcos 14:32–42; Lucas 22:31–34, 54–62; tal vez Romanos 7:14–25). Los pecados presuntuosos son cometidos con una intención profundamente malvada, o con “la mano alzada” (Números 15:30). Los pecados de debilidad son menos afrentosos para Dios, que los pecados presuntuosos, tal como lo indica la severidad con la que las Escrituras miran a los pecados presuntuosos (Éxodo 21:12–14; Salmo 19:13; Isaías 5:18–25; 2 Pedro 2:10) y la ausencia de una expiación por ellos en la ley mosaica (aunque no en el Evangelio). Sin embargo, nunca se debería usar esta distinción entre debilidad y presunción de una manera ajena a la Biblia como excusa para tomar con ligereza pecado alguno.

La teología católica distingue entre pecados veniales (del latín *venia*, “favor”, “perdón”, “bondad”) y mortales. En los pecados veniales (como en los pecados por debilidad), la voluntad, aunque asiente o está de acuerdo con el acto de pecado, se niega a alterar su identidad piadosa fundamental. Los pecados veniales pueden conducir a pecados mortales. En cambio, los mortales comprenden una reorientación radical de la persona hacia un estado de rebelión contra Dios, y una pérdida de la salvación, aunque sigue siendo posible obtener el perdón. No obstante, la verdadera distinción entre estos pecados no parece estar en la naturaleza del pecado, sino en la naturaleza de la salvación. El catolicismo cree que los pecados no son veniales en sí mismos, sino que los creyentes tienen

una justicia que mitiga grandemente el efecto de los pecados menores, convirtiéndolos en veniales. Como tales, no van en detrimento directo de la relación entre el creyente y Dios, y técnicamente, no es necesario confesarlos.¹

Jesús mismo enseñó que, más allá de todos los demás pecados, hay un pecado que no tiene perdón ([Mateo 12:22–37](#); [Marcos 3:20–30](#); [Lucas 12:1–12](#); véase [11:14–26](#)). Ha habido mucho debate sobre la naturaleza de este “pecado imperdonable” o “blasfemia contra el Espíritu Santo”. Los textos sugieren diversos criterios que todo análisis debe tener en cuenta.

Este pecado debe tener que ver con el Espíritu Santo ([Mateo 12:31](#); [Marcos 3:29](#); [Lucas 12:10](#)). En cambio, la blasfemia contra Dios, o contra los otros miembros de la Trinidad ([Mateo 12:31–32](#); [Marcos 3:28](#); [Lucas 12:10](#); [Hechos 26:11](#); [Colosenses 3:8](#); [1 Timoteo 1:13, 20](#)) es perdonable. Entre estos pecados se incluyen los cometidos antes de conocer a Dios — la posesión demoniaca ([Lucas 8:2–3](#)), el crucificar al Señor ([23:34](#)), una impiedad de casi toda una vida ([23:39–43](#)), el blasfemar ([1 Timoteo 1:13](#)), el forzar a los creyentes a blasfemar ([Hechos 26:11](#)) — y los cometidos después de conocerlo. Además de esto, el pecado imperdonable no incluye a los de negar al Dios de los milagros ([Éxodo 32](#)), regresar a la idolatría a pesar de grandes milagros ([Éxodo 32](#)), asesinar ([2 Samuel 11–12](#)), cometer inmoralidad grave ([1 Corintios 5:1–5](#)), negar a Jesús ([Mateo 26:69–75](#)), ver los milagros de Jesús y con todo creer que está “fuera de sus cabales” ([Marcos 3:21](#), inmediatamente antes de su enseñanza sobre la blasfemia), y volverse a la ley después de haber conocido la gracia ([Gálatas 2:11–21](#)).

El pecado debe ser de blasfemia (gr. *blasfémia*), la calumnia más vil contra Dios. En la LXX, el vocablo *blasfémia* describe con frecuencia el acto de negar el poder y la gloria de Dios, lo cual coincide con la forma en que los líderes judíos le atribuían al diablo los milagros de Jesús.² El pecado debe ser comparable a la acusación de parte de los líderes judíos, de que Jesús tenía un espíritu maligno ([Marcos 3:30](#)). El pecado no puede ser una simple negación de testimonio con respecto a milagros, puesto que Pedro negó a Cristo ([Mateo 26:69–75](#)) y Tomás dudó de Él ([Juan 20:24–29](#)) después de haber visto muchos milagros, y ambos fueron perdonados.

Puesto que Jesús dice explícitamente que todos los demás pecados tienen perdón ([Mateo 12:31](#); [Marcos 3:28](#)), debemos comparar el pecado contra el Espíritu Santo con [Hebreos 6:4–8](#); [10:26–31](#); [2 Pedro 2:20–22](#) y [1 Juan 5:16–17](#), que también describen un pecado imperdonable. Sobresale [Hebreos 10:29](#), que relaciona el pecado imperdonable con el insulto al

Espíritu.¹ También parece que se podrían incluir el endurecimiento irrevocable del corazón y la presunción (por ejemplo, [2 Tesalonicenses 2:11–12](#)). Como corolario, ni el Jesús encarnado, ni los apóstoles, necesitaban estar presentes para que se cometiese este pecado, puesto que no fueron vistos por nadie en el Antiguo Testamento, ni tampoco es probable que lo fuesen por aquéllos a quienes se dirigen Hebreos, 2 Pedro y 1 Juan. Por consiguiente, el pecado imperdonable no puede consistir en que no se reaccionase adecuadamente ante las manifestaciones del Jesús encarnado, o de los apóstoles.² Tampoco puede ser una negación temporal de la fe,³ puesto que las Escrituras consideran que esto es perdonable.

Se define mejor el pecado imperdonable como el rechazo voluntario y definitivo de la obra especial del Espíritu Santo (Juan 16:7–11) al dar testimonio directo al corazón con respecto a Jesús como Señor y Salvador, teniendo por consecuencia un rechazo total de la fe.⁴ Por consiguiente, la blasfemia contra el Espíritu Santo no es una indiscreción momentánea, sino una disposición definitiva de la voluntad, aunque las afirmaciones de Jesús sugieren que se puede manifestar en un acto concreto.

La Biblia reconoce grados de pecado. Eso queda demostrado en varias de las categorías de pecados (véase el texto anterior) y las diferencias entre los juicios divinos ([Mateo 11:24](#); [Marcos 12:38–40](#); [Lucas 10:12](#); [12:47–48](#); [Juan 19:11](#)). Sin embargo, las Escrituras también enseñan que pecar en cualquier forma lo hace a uno plenamente pecador ([Deuteronomio 27:26–28:1](#); [Gálatas 3:10](#); [Santiago 2:10](#)).⁵

La Biblia enseña que sólo Dios y los seres espirituales que no han caído (como los ángeles) carecen de la mancha del pecado. La antropología moderna desmiente la idea de que la gente antigua llevaba una vida tranquila y sencilla, al revelar el lado tenebroso que tienen todas las sociedades humanas.¹ Aun las explicaciones evolutivas del pecado por parte de la teología liberal son una admisión de la universalidad de éste.

El pecado contamina el mundo espiritual. La caída de Satanás ([Job 1:6–2:6](#)), la caída de Satanás del cielo ([Lucas 10:18](#) y [Apocalipsis 12:8–9](#), cualquiera que sea su interpretación), la “guerra” en los cielos ([Daniel 10:13](#); [Apocalipsis 12:7](#)) y las menciones de espíritus malignos o impuros ([2 Corintios 12:7](#); [Efesios 6:10–18](#); [Santiago 4:7](#)) atestiguan esto. El pecado ha infectado al universo hasta un punto que se halla mucho más allá del alcance de la ciencia física.

Las Escrituras enseñan también que todos individualmente somos

pecadores en algún sentido. Desde el Edén, el pecado ha aparecido también dentro de grupos. Está claro que el funcionamiento en grupos anima al pecado. La sociedad contemporánea es suelo propicio para los prejuicios basados en la capacidad (en el caso del feto), el género, la raza, el fondo étnico, la religión, las preferencias sexuales² e incluso las normas políticas.

Como en Israel, en la Iglesia también se encuentra pecado. Jesús sabía que sería así ([Mateo 18:15–20](#)) y las epístolas dan testimonio de su presencia ([1 Corintios 1:11](#); [5:1–2](#); [Gálatas 1:6](#); [3:1](#); [Judas 4–19](#)). La Iglesia sin mancha ni arruga no será una realidad hasta que regrese Jesús ([Efesios 5:27](#); [Apocalipsis 21:27](#)).

Las Escrituras enseñan que los efectos del pecado se encuentran incluso en la creación no humana. La maldición de [Génesis 3:17–18](#) marca el principio de este mal, y [Romanos 8:19–22](#) proclama el estado de desorden en que se halla la naturaleza. La creación gime, esperando la consumación.³ El vocablo griego *mataiotes*, “frustración”, “vacío” ([Romanos 8:20](#)), describe lo inútil que es algo cuando ha sido divorciado de su propósito original, resumiendo así la inutilidad del estado presente del propio universo. Aquí es posible que el pensamiento divino vaya desde las plantas y los animales hasta las nebulosas y las galaxias.

Se circunscribe la extensión del pecado de una manera cronológica. Antes de la creación, y por un período de tiempo no especificado, el pecado no existía y todo era bueno. Con todo, no sólo la memoria del cristiano, sino también su esperanza, saben de un futuro en el que ya no existirán el pecado y la muerte ([Mateo 25:41](#); [1 Corintios 15:25–26](#); [51–56](#); [Apocalipsis 20:10](#), [14–15](#)).

8.5 LAS CONSECUENCIAS DEL PECADO

Por su naturaleza misma, el pecado es destructor. Por consiguiente, ya hemos descrito gran parte de sus efectos. Con todo, es de rigor que hagamos un breve resumen.

El estudio de las consecuencias del pecado debe tener en cuenta la culpa y el castigo. Hay varios tipos de culpa (heb. *‘asham*, [Génesis 26:10](#); gr. *énojos*, [Santiago 2:10](#)). Se puede distinguir la culpa individual o personal de la culpa comunal de las sociedades. La culpa objetiva tiene que ver con una transgresión real, ya sea que se dé cuenta de ello el culpable o no. La culpa subjetiva tiene que ver con la sensación de culpabilidad en una persona. Si la culpa subjetiva es sincera, puede

conducir al arrepentimiento ([Salmo 51](#); [Hechos 2:40–47](#); véase [Juan 16:7–11](#)). También puede ser insincera, aunque con una apariencia externa de sinceridad, pero, o bien ignorando la realidad del pecado (reaccionando en cambio cuando nos vemos atrapados, avergonzados, castigados, etc.), o manifestando solamente un cambio externo y temporal, sin una reorientación interna perdurable y real (por ejemplo, el Faraón). La culpabilidad subjetiva también puede tener un origen puramente psicológico, y causar una angustia verdadera, pero sin base en ningún pecado real ([1 Juan 3:19–20](#)).

El castigo o pena es la consecuencia justa del pecado, infligida por una autoridad sobre los pecadores, y basada en su culpa. El castigo natural se refiere al mal natural (que procede de Dios indirectamente) que recae sobre la persona debido a sus actos pecaminosos (como la enfermedad venérea causada por el pecado sexual, y el deterioro físico y mental causado por el abuso de sustancias tóxicas). El castigo positivo es algo infligido directamente por Dios de manera sobrenatural: el pecador cae muerto, etc.

Presentamos a continuación las posibles razones de ser del castigo: (1) La retribución o venganza sólo le corresponde a Dios ([Salmo 94:1](#); [Romanos 12:19](#)). (2) La expiación produce restauración en la persona culpable. (Esto fue hecho por nosotros en la expiación de Cristo¹). (3) El juicio hace que la persona culpable se sienta dispuesta a restituir lo que fue quitado o destruido, lo cual puede ser testimonio de la obra de Dios en una vida ([Éxodo 22:1](#); [Lucas 19:8](#)). (4) La reparación influye en la persona culpable para que no peque en el futuro. Esto es una expresión del amor de Dios ([Salmo 94:12](#); [Hebreos 12:5–17](#)). (5) La disuasión utiliza el castigo de la persona culpable para convencer a otras a fin de que no actúen de manera parecida, lo cual se puede ver con frecuencia en las advertencias divinas ([Salmo 95:8–11](#); [1 Corintios 10:11](#)).²

Las consecuencias del pecado son numerosas y complejas. Las podemos estudiar desde el punto de vista de las personas o cosas a las que afecta.

El pecado afecta a Dios. Sin que por eso queden comprometidas su justicia y su omnipotencia, las Escrituras dan testimonio de que Él odia el pecado ([Salmo 11:5](#); [Romanos 1:18](#)), tiene paciencia con los pecadores ([Éxodo 34:6](#); [2 Pedro 3:9](#)), busca a la humanidad perdida ([Isaías 1:18](#); [1 Juan 4:9–10, 19](#)), se siente afligido por el pecado ([Oseas 11:8](#)), se lamenta por los perdidos ([Mateo 23:37](#); [Lucas 13:34](#)) y se ha sacrificado por la salvación de la humanidad ([Romanos 5:8](#); [1 Juan 4:14](#); [Apocalipsis 13:8](#)).

De todos los conceptos bíblicos con respecto al pecado, éstos deberían ser los que más nos deberían hacer sentir humillados.

Todas las interacciones de una sociedad humana que una vez fue pura, han quedado pervertidas por el pecado. Las Escrituras claman continuamente contra las injusticias cometidas por los pecadores contra los “inocentes” ([Proverbios 4:16](#); sociales, [Santiago 2:9](#); económicas, [Santiago 5:1–4](#); físicas, [Salmo 11:5](#); etc.).

El mundo natural también sufre con los efectos del pecado. La corrupción natural del pecado contribuye a los problemas ambientales y de salud.

Donde podemos observar los efectos más diversos del pecado, es en la criatura más compleja de Dios: la persona humana. Aunque parezca irónico, el pecado parecería tener sus beneficios. Hasta puede producir una felicidad transitoria ([Salmo 10:1–11](#); [Hebreos 11:25–26](#)). También engendra pensamientos ilusorios en los que el mal aparece como bien; como consecuencia, las personas mienten y distorsionan la verdad ([Génesis 4:9](#); [Isaías 5:20](#); [Mateo 7:3–5](#)), negando la existencia del pecado personal ([Isaías 29:13](#); [Lucas 11:39–52](#)) e incluso a Dios ([Romanos 1:20](#); [Tito 1:16](#)). Al final, el engaño del bien aparente se revela como mal. La culpa, la inseguridad, la agitación, el temor al castigo y cosas semejantes son los acompañantes de la maldad ([Salmo 38:3–4](#); [Isaías 57:20–21](#); [Romanos 2:8–9](#); [8:15](#); [Hebreos 2:15](#); [10:27](#)).

El pecado es futilidad. La voz hebrea ‘*avén* (“daño”, “problema”, “engaño”, “nada”) resume la imagen de la esterilidad del pecado. Es el conjunto de problemas que cosecha aquél que siembra iniquidad ([Proverbios 22:8](#)) y es la inutilidad presente de la herencia antiguamente grandiosa ([Oseas 4:15](#); [5:8](#); [10:5](#), [8](#); [Amós 5:5](#); véase [Génesis 28:10–22](#)) de Betel (en sentido derogatorio, *Bet ‘Avén*, “casa de nada”). *Hebel* (“nada”, “vacío”) es la “vanidad” o “insignificancia” que aparece una y otra vez en el *Eclesiastés*, y la del frío consuelo de los ídolos ([Zacarías 10:2](#)). Su contrapartida, el vocablo griego *mataiótes*, describe la vaciedad o futilidad de una creación maldita por el pecado ([Romanos 8:20](#)) y las palabras altaneras de los falsos maestros ([2 Pedro 2:18](#)). En [Efesios 4:17](#), los creyentes están atrapados “en la vanidad de su mente”, debido a su entendimiento en tinieblas, y a la separación de Dios a causa de la dureza de su corazón.

El pecado envuelve al pecador en una exigente dependencia ([Juan 8:34](#); [Romanos 6:12–23](#); [2 Pedro 2:12–19](#)), convirtiéndose en una malvada

ley interna ([Romanos 7:23, 25; 8:2](#)). Desde Adán hasta el anticristo, el pecado se caracteriza por la rebelión. Esto puede tomar la forma de poner a Dios a prueba ([1 Corintios 10:9](#)), o de manifestarse hostil contra Él ([Romanos 8:7; Santiago 4:4](#)). El pecado produce la separación de Dios ([Génesis 2:17; véase 3:22–24; Salmo 78:58–60; Mateo 7:21–23; 25:31–46; Efesios 2:12–19; 4:18](#)). Esto puede provocar no sólo la ira de Dios, sino también su silencio ([Salmo 66:18; Proverbios 1:28; Miqueas 3:4–7; Juan 9:31](#)).

La muerte (heb. *mavet*, gr. *zánatos*) tuvo su origen en el pecado, y es la consecuencia final de éste ([Génesis 2:17; Romanos 5:12–21; 6:16, 23; 1 Corintios 15:21–22, 56; Santiago 1:15](#)). Se puede distinguir entre la muerte física y la espiritual ([Mateo 10:28; Lucas 12:4](#)).¹ La muerte física es un castigo por el pecado ([Génesis 2:17; 3:19; Ezequiel 18:4, 20; Romanos 5:12–17; 1 Corintios 15:21–22](#)) y puede producirse como castigo por algo concreto ([Génesis 6:7, 11–13; 1 Crónicas 10:13–14; Hechos 12:23](#)). Sin embargo, para los creyentes (quienes están muertos al pecado, [Romanos 6:2; Colosenses 3:3](#); y en Cristo, [Romanos 6:3–4; 2 Timoteo 2:11](#)), se convierte en una restauración gracias a la sangre de Cristo ([Job 19:25–27; 1 Corintios 15:21–22](#)), porque Dios ha triunfado sobre la muerte ([Isaías 25:8; 1 Corintios 15:26, 55–57; 2 Timoteo 1:10; Hebreos 2:14–15; Apocalipsis 20:14](#)).

Los que no son salvos, viven espiritualmente muertos ([Juan 6:50–53; Romanos 7:11; Efesios 2:1–6; 5:14; Colosenses 2:13; 1 Timoteo 5:6; Santiago 5:20; 1 Pedro 2:24; 1 Juan 5:12](#)). Esta muerte espiritual es la expresión máxima de la alienación del alma con respecto a Dios. Incluso los creyentes que pecan experimentan una separación parcial de Dios ([Salmo 66:18](#)), pero Él siempre está dispuesto a perdonar ([Salmo 32:1–6; Santiago 5:16; 1 Juan 1:8–9](#)).

La muerte espiritual y la física se combinan y llegan a la plenitud de su realización después del juicio final ([Apocalipsis 20:12–14](#)).¹ Aunque dispuesto por Dios ([Génesis 2:17; Mateo 10:28; Lucas 12:4](#)), el destino de los pecadores no le agrada ([Ezequiel 18:23; 33:11; 1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9](#)).

La única forma de enfrentarse al pecado consiste en amar primero a Dios, y convertirse después en un canal de su amor para los demás, por medio de la gracia divina. Sólo el amor se puede oponer a aquello que se opone a todo ([Romanos 13:10; 1 Juan 4:7–8](#)). Sólo el amor puede cubrir el pecado ([Proverbios 10:12; 1 Pedro 4:8](#)) y terminar remediando el pecado ([1 Juan 4:10](#)). Además, sólo “Dios es amor” ([1 Juan 4:8](#)). En

cuanto al pecado, el amor se puede expresar de maneras concretas.

El conocimiento del pecado debería engendrar santidad en la vida de la persona, y una insistencia en la santidad dentro de la predicación y la enseñanza de la Iglesia.

La Iglesia debe reafirmar su identidad como comunidad de pecadores salvados por Dios, ministrando en confesión, perdón y sanidad. La humildad debería caracterizar todas las relaciones cristianas, al darse cuenta los creyentes, no sólo de la vida y el destino terribles de los que han sido salvados, sino también del precio aún más terrible que ha sido pagado por esa salvación. Puesto que cada persona ha sido salvada de la misma naturaleza pecadora, no hay cualidades, ministerio ni autoridad alguna que pueda apoyar la elevación de uno por encima de otro; más bien, cada uno debe poner al otro por encima de sí mismo ([Filipenses 2:3](#)).

La extensión universal y la profundidad sobrenatural del pecado deben hacer que la Iglesia reaccione al imperativo de la Gran Comisión ([Mateo 28:18–20](#)) con una entrega que abarque a todos sus miembros, y con el milagroso poder del Espíritu Santo.

La comprensión de la naturaleza del pecado debería renovar nuestra sensibilidad ante los temas ambientales, recuperando así el mandato original de cuidar del mundo de Dios de manos de quienes preferirían adorar a la creación, en lugar de adorar a su Creador.

La Iglesia debería ser la gran defensora en los temas de justicia social y de necesidades humanas, como testimonio de la veracidad del amor, contra la mentira del pecado. Sin embargo, tal testimonio deberá señalar siempre hacia el Dios de justicia y amor que envió a su Hijo a morir por nosotros. Sólo la salvación, no la legislación, ni un evangelio social que pase por alto la cruz, ni mucho menos la acción violenta o militar, puede curar el problema y sus síntomas.

Por último, debemos vivir en la esperanza cierta de un futuro más allá del pecado y de la muerte ([Apocalipsis 21–22](#)). Entonces, purificados y regenerados, los creyentes verán el rostro de Aquél que ya no recuerda su pecado ([Jeremías 31:34](#); [Hebreos 10:17](#)).

8.6 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. ¿Por qué es importante el estudio del pecado, y qué dificultades

encuentra?

2. Identifique, describa y analice los principales puntos de vista extrabíblicos sobre el pecado y el mal.
3. ¿Cuáles fueron la naturaleza y la significación de la caída de Adán?
4. ¿Cuáles son los temas bíblicos relevantes en el estudio del pecado original?
5. ¿Cuáles son los puntos fuertes y los puntos débiles en cada una de las teorías principales sobre el pecado original?
6. ¿Cómo puede existir el mal, siendo así que Dios es bueno y poderoso?
7. ¿Cuál es la esencia del pecado? Presente apoyo bíblico.
8. ¿Cuáles son las características principales del pecado? Identifíquelas y estúdielas.
9. Señale algunas de las categorías principales de pecados. Estúdielas brevemente.
10. Comente el problema del pecado imperdonable. Sugiera las preocupaciones de tipo pastoral, y la forma en que usted se enfrentaría a ellas.
11. Estudie la extensión del pecado. Presente apoyo bíblico.
12. Describa las consecuencias del pecado. Dé atención especial al tema de la muerte.

¹ El término técnico para el estudio del pecado es “hamartiología”, palabra derivada del griego *hamartía*, “pecado”.

¹ Véase Lewis Sperry Chafer, *Systematic Theology*, vol. 2 (Dallas: Dallas Theological Seminary Press, 1947), pp. 227–228, 252–253.

¹ Para un resumen de muchos de estos puntos de vista, véase Millard J. Erickson, *Christian Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1985), pp. 581–595.

² Sobre el existencialismo cristiano, Søren Kierkegaard, *The Concept of Dread*, 2ª edición, Walter Lowrie, traductor al inglés (Princeton: Princeton University Press, 1957); íd., *Fear and Trembling and The Sickness unto Death*, Walter Lowrie, traductor al inglés (Princeton: Princeton University

Press, 1954). Para una teoría totalmente desarrollada: Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man: A Christian Interpretation*, vol. 1, *Human Nature* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1964), pp. 178–186.

3 Paul Tillich, *Systematic Theology*, vol. 2 (Chicago: University of Chicago, 1957), pp. 19–78. Isamu Yamamoto, *Beyond Buddhism: A Basic Introduction to the Buddhist Tradition* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1982). Wendy Doniger O'Flaherty, *The Origins of Evil in Hindu Mythology* (Berkeley: University of California Press, 1976). Karen Hoyt, *The New Age Rage* (Old Tappan, N. J.: Fleming H. Revell, 1987).

4 Mary Baker Eddy, *Science and Health with a Key to the Scriptures* (Boston: First Church of Christ, Scientist, 1934), p. 480.

5 Fredireck R. Tennant, *The Origin and Propagation of Sin* (Londres: Cambridge University Press, 1902).

1 Alfred T. Hennelly, editor, *Liberation Theology: A Documentary History* (Nueva York: Orbis, 1990), una antología de fuentes primarias.

2 R. C. Zaehner, *The Teachings of the Magi, A Compendium of Zoroastrian Beliefs* (Nueva York: Oxford University Press, 1956).

3 Royce Gordon Gruenler, *The Inexhaustible God* (Grand Rapids: Baker Book House, 1983), una crítica general del proceso.

4 Fazlur Rahman, *Major Themes of the Qur'an* (Minneapolis: Bibliotheca Islamica, 1980).

1 Paul Kurtz, editor, *Humanist Manifestos I and II* (Buffalo, N. Y.: Prometheus Books, 1973), pp. 15–16.

2 Es de la máxima importancia para la presente discusión que los relatos sobre la creación, y por extensión la caída, sean reales e históricos. *Where We Stand* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1990), p. 105.

3 Véase el capítulo 6.

4 Véase el capítulo 6.

5 El pelagianismo niega la inmortalidad adámica. La idea de la inmortalidad “contingente” aparece por primera vez en Teófilo de Antioquía (115–68–81), “To Autolyucus”, 2.24.

1 Meir Zlotowitz, Bereishis, *Genesis*, vol. 1 (Nueva York: Mesorah Publications, 1977), pp. 102–103. U. Cassuto, *A Commentary on the Book of Genesis*, primera parte (Jerusalén: The Magnes Press, 1972), p. 125. Algunos, en relación a esto, dicen que quiere decir que Adán y Eva “se volvieron mortales”. No obstante, la Biblia dice muy claro que sólo Dios posee inmortalidad (1 Timoteo 6:16). “Ciertamente moriréis” es una expresión que aparece doce veces más en el Antiguo Testamento y se refiere siempre al castigo por el pecado, o a una muerte prematura como castigo. Véase Victor P. Hamilton, *The Book of Genesis, Chapters 1–17: New International*

Commentary of the Old Testament (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1990), pp. 173–174. J. H. Hertz, editor, *The Pentateuch and Haftorahs*, 2ª edición (Londres: Soncino Press, 1978), p. 8. H. C. Leupold, *Exposition of Genesis* vol. 1 (Grand Rapids: Baker Book House, 1982), p. 128. Éste último señala: “La afirmación de que el Antiguo Testamento no conoce la muerte espiritual, porque no llega a usar la expresión misma, es racionalizante y superficial, y tuerce el sentido de todo el Antiguo Testamento.”

2 Observemos el posible simbolismo de las vestiduras dadas por Dios, que hicieron necesario el derramamiento de sangre, lo cual sugiere una expiación (véase [Génesis 4:2–5](#); Hebreos 9:22).

1 Los arminianos no definirían la aceptación del ofrecimiento divino de salvación como un acto meritorio. H. Orton Wiley, *Christian Theology*, vol. 2 (Kansas City: Beacon Hill, 1940), p. 138. Arminio (1560–1609), “Public Disputations” en *The Writings of James Arminius*, vol. 3, traducción al inglés de W. R. Bagnall (Grand Rapids: Baker Book House, 1986), p. 375. Véase también Carl Bangs, *Arminius, A Study in the Dutch Reformation* (Nashville: Abingdon, 1971), p. 343. John Wesley, “Sermon LXII-On the Fall of Man”, *Sermons on Several Occasions*, vol. 2 (Nueva York: Carlton & Porter, s. f.), pp. 34–37.

2 Andrew T. Lincoln, *Ephesians*, Word Biblical Commentary, vol. 42 (Dallas: Word Books, 1990), p. 99.

1 *Ibíd.*, también el estudio de G. Braumann sobre *teknón* en “Child”, *New International Dictionary of New Testament Theology*, Colin Brown, editor, vol. 1 (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1975). p. 286.

1 Puesto que Pablo estipula el período entre Adán y Moisés, debe haber pensado principalmente en los adultos que desobedecían un mandato directo de Dios que llevaba anexa la pena de muerte, como lo hicieron Adán y Eva en el Edén, e Israel después de la ley mosaica. Esto es, puesto que el pecado de Adán nos acarreó la muerte. Dios actuó con justicia al decretar que los pecados de ellos les podían acarrear la muerte. Esto se puede referir a los infantes (como piensan algunos), pero sólo por extensión.

2 El espacio impide que entremos en sutilezas como la naturaleza precisa de la corrupción y docenas de posiciones más, como el realismo filosófico de Odón y la Constitución y aprobación divinas arbitrarias de Edwards. Entre los resúmenes más completos, aunque parcializados, se encuentran Henri Rondet, *Original Sin, the Patristic and Theological Background*, traducción al inglés de C. Finegan (Staten Island, N. Y.: Alba House. 1972); F. R. Tennant, *The Sources of the Doctrine of the Fall and Original Sin* (Londres; Cambridge University Press, 1903); Norman P. Williams, *The Ideas of the Fall and Original Sin: A Historical and Critical Study* (Londres: Longmans, Green and Co. Ltd., 1927).

1 Por ejemplo, Talmud: Berakoth 61 a y Nedarim 32b; Genesis Rabbah 9:10; Testament of Asher 1:5. A. Cohen, *Everyman's Talmud* (Nueva York: Schocken, 1949), pp. 88–93. Baruch 56:11–16; 1 [Ethiopic] Enoch 1:5; 10:8–15; 12:2–4; 13:10; 14:1–3; 15:9; 39:12–13; 40:2; y Jubilees 4:15, 22; 7:21; 8:3; Testament of Reubin 5:6; Damascus Document (Zadokite Fragment) 2:17–19; Genesis

Apocryphon (1 QapGen) 2:1. En Talmud: Shabbath 88b, 104a; Pesahim 54a; Behoraoth 55b; Tamid 32b. En los apócrifos y pseudoepígrafes: Apocalypse of Moses (The Greek Life of Adam and Eve) 14, 32; 2 Baruch 17:2–3; 23:4; 48:42–43; 54:15–19; 56:5–10; Ecclesiasticus or The Wisdom of Jesus Son of Sirach 14:17; 25:24; 2 Enoch 30:14–31:8; 4 Ezra 3:7, 21–22; 4:30–32; 7:116–18; Life of Adam and Eve 44; Wisdom of Solomon 2:23–24; véase 10:1–4, Rabbah 9:8; véase Aboth 5:18.

2 Entre los que apoyan esta idea se hallan Pedro Lombardo (alrededor de 1100–1160), Sentencias II 30.5; Los Concilios de Trento (1545–1563) y Vaticano II (1962); G. W. Bromiley, “Sin”, en *The International Standard Bible Encyclopedia*, editor, Geoffrey W. Bromiley, vol. 4 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1988), pp. 519–520.

3 Pelagio (alrededor de 360–420), Celestio (floreció 411), Rufino Tiranio (alrededor de 355–410), Juliano de Eclanum (380-entre 425 y 455) y muchos teólogos liberales modernos sostienen esta posición.

1 Entre los partidarios clave se encuentra Juan Casiano (alrededor de 360–435), Hilario de Arlés (alrededor de 401–450), Vicente de Lérins (floreció alrededor de 450), algunos arminianos posteriores y los presbiterianos de la Nueva Escuela (siglo diecinueve).

2 Por ejemplo, John Miley, *Systematic Theology*, vol. 1 (Peabody, Mass.: Hendrickson, 1989), pp. 505–509.

3 Partidarios clave son Pláceo (1596–1655 o 1665) y la Escuela de Saumur.

1 Véase el capítulo 7.

2 Por ejemplo, *On Marriage and Concupiscence* vol. 1, 27, en *A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, editor, Philip Schaff, traducción al inglés de Peter Holmes y R. E. Wallis (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, reimpresión de 1971), vol. 5, pp. 274–275.

3 William G. T. Shedd, *Theological Essays*, reimpresión (Minneapolis: Klock & Klock, 1981), pp. 209–264. El realismo comenzó con Tertuliano (floreció 200) y ha sido sostenido por muchos teólogos desde entonces.

4 Véase Ronald Williamson, *Philo and the Epistle to the Hebrews* (Leiden: E. J. Brill, 1970), pp. 103–109. [Hebreos 7:9–10](#) podría apoyar un traducianismo genérico.

1 Véase el capítulo 7.

2 Se encuentran por vez primera ciertos presagios de federalismo poco reconocidos en Ireneo (alrededor de 130–200; *Against Heresies*: Adam and Christ: III.22.3–4; Adam and the race: II.19.6, 21.2, 21.33, 23.8, 33.7; IV.22.1; V.16.2; 17.1, 26.2; Adam’s effect on the race: III.22:10, 23:8, IV.22.1; guilt: V.34.2). Muchos de los reformados sostenían este punto de vista (Hodge, *in extremis*), como lo hizo Arminio (“Public Disputations” XXXI.9; pero véase las ideas realistas en VII.16), aunque no todos sus seguidores. Los materiales clave de Wesley son cautelosamente federalistas (*Notes on the New Testament*, Rom. 5:12–21; *Doctrine of Original Sin*, sec. VI-VII),

como lo son muchos de sus seguidores (Wiley). Los wesleyanos tienden hacia el traducianismo.

1 Esta teoría es compatible tanto con la dicotomía como con la tricotomía, y también con el creacionismo, o con un traducianismo moderado en el cual surge la condición de persona en el momento de la concepción humana.

2 Es de gran importancia el hecho de que Adán y Eva hayan proclamado la sentencia de separación de Dios sobre sí mismos al sentir temor y esconderse, antes de que Dios los declarara culpables a ellos.

1 Ésta es la pregunta clave de la teodicea.

1 El texto hebreo no indica que Dios haya hecho nada en cuanto a esto.

2 William Hendriksen, *Exposition of Paul's Epistle to the Romans*, New Testament Commentary (Grand Rapids; Baker Book House, 1981) pp. 325–326.

3 La lejía casera contiene sólo el 2% de cloro.

4 Agustín pensaba que este desorden surgía cuando una criatura buscaba un bien que no fuese el más excelente (*City of God*, 12.6–8); véase [Romanos 1:25](#).

1 Punto sostenido por Ireneo y por muchos de los padres griegos.

2 Punto sostenido por Agustín y muchos de los padres latinos.

3 Véase Lewis Sperry Chafer, *Systematic Theology*, vol. 2 (Dallas: Dallas Theological Seminary Press, 1974), pp. 229–234.

4 Entre las buenas presentaciones de esto se hallan Norman Geisler, *Philosophy of Religion* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1974), pp. 311–403, y la obra del liberal John Hick, *Evil and the God of Love* (Nueva York: Harper and Row, 1966).

5 Para un buen resumen, véase Erickson, *Christian Theology*, pp. 577–580; sobre la idolatría, véase Tertuliano, *On Idolatry*, p. 1.

1 En cuanto a la filosofía moral, véase por ejemplo, Emmanuel Kant, *Groundwork of the Metaphysics of Morals and Critique of Practical Reason*. Es irónico que la palabra “conciencia”, un término tan relativizado en la sociedad de hoy, se derive del latín *conscientia*, “con conocimiento”, o “conocimiento compartido”.

2 “Cauterizado” puede tener el sentido de “marcado al fuego”. A los delincuentes habituales se los marcaba así. Por tanto, conciencia cauterizada es aquella que actúa como la conciencia de un delincuente, y halla excusas para el pecado.

1 El *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, 3ª ed. rev. (Washington, D.C.: American Psychiatric Association, 1987), pp. 335–358, da una lista de once tipos de desórdenes de personalidad.

1 Véase el capítulo 7.

1 La formulación clásica de la lista es orgullo, avaricia, lujuria, envidia, gula, ira y pereza. Entre la literatura relevante tenemos a Juan Casiano, *Conference* 5; Gregorio Magno, *Moralia on Job* 31:5 y, especialmente, Tomás de Aquino, *Summa Theológica* 2.2.

2 Muchos rabinos consideraban menos grave el asesinato que la seducción de otros al pecado, porque aquél sólo saca a alguien de este mundo, mientras que éste mantiene a alguien alejado del cielo (Sifr Deut. sec. 252; 120a; Sanhedrin 55a, 99b). Cohen, *Everyman's Talmud*, 102.

3 Observemos el vocablo hebreo *reshá'*, “maldad” o “desorden” (*Job* 3:17; *Isaías* 57:20–21), en relación con la idea general de que los pecadores crean problemas.

1 La versión Reina-Valera habla de pecar “por yerro”, esto es, por error, lo cual es más preciso que la palabra “ignorancia”, la cual da el sentido de hacer las cosas sin mala intención, y que aparece en otras versiones. La palabra “yerro” traduce mejor el hebreo *shagag* y *shagá*. Se ve claro que algunos de estos pecados son cometidos a sabiendas, pero debido a la debilidad humana, más que a una rebeldía (por ejemplo, 5:1). El contraste parece estar entre estos pecados y los “desafiantes”, o hechos con soberbia (literalmente, “con la mano en alto”, *Números* 15:22–31). R. Laird Harris, “Leviticus”, en *Expositor's Bible Commentary*, Frank E. Gaebelin, editor, vol. 1 (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1990), pp. 547–548.

1 Higagah 16a.

1 Véase G. C. Berkouwer, *Sin*, traducción al inglés de Philip C. Holtrop (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1971), pp. 302–314. Loraine Boettner, *Roman Catholicism*, Phillipsburg, N. J.: Presbyterian and Reformed, 1956.

2 Hermann Wolfgang Beyer, “*Blasphemia*”, en *Theological Dictionary of the New Testament*, Gerhard Kittel, editor, Geoffrey W. Bromiley, traductor al inglés, vol. 1 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1964), pp. 621–625. Para un paralelo fascinante, véase en los rollos del mar Muerto el “Documento de Damasco”, sección 5, que se centra en la falta de discernimiento entre el pueblo.

1 El que estos pecados hablen de un pecado imperdonable que causa la pérdida de la salvación, se halla en armonía con la posición de las Asambleas de Dios, *Where We Stand*, p. 108.

2 La posición opuesta se atribuye con frecuencia a Jerónimo (Carta 42) y a Juan Crisóstomo (“Homilías sobre Mateo”, 49; Mateo 12:25–26, sec. 5). Sin embargo, parece, especialmente en el caso de Juan Crisóstomo, que el rechazo se refiere al testimonio interno del Espíritu en cualquier período. Se puede ver esto último en John A. Broadus, *Commentary on the Gospel of Matthew* (Filadelfia: American Baptist Publication Society, 1886), pp. 271–273.

3 Así lo sostenía el obispo rigorista Novaciano (fl. a mediados del tercer siglo), con respecto a los “lapsi” (lat., “los que han caído o fallado”; aplicado a los cristianos que adoraban a falsos dioses para escapar a la persecución de Decio, años 249–251). La *Epístola* 42 de Jerónimo

contiene tanto la descripción como la refutación.

4 En esencia, este punto de vista fue sostenido por Agustín, por muchos luteranos y por la mayor parte de los teólogos arminianos. Para un buen análisis, véase Stanley M. Horton, *El Espíritu Santo revelado en la Biblia* (Editorial Vida, 1980).

5 Aunque [Deuteronomio 27:26](#) no contenga la palabra “todos”, hay varias razones para aceptar que está implícita: (1) La exige el contexto de [Deuteronomio 28:1](#). (2) Así está traducido el texto en la LXX. (3) Pablo la incluye al citarlo en [Gálatas 3:10](#). (4) Aunque se está teniendo en cuenta la ley mosaica, está claro que Pablo la ve estrechamente relacionada con la “ley de la naturaleza” ([Romanos 2:13–15](#)). La supuesta discrepancia queda resuelta por el hecho de que, tanto el pecado más insignificante, como el más detestable, son suficientes para acarrear la condenación eterna. Sin embargo, es cierto que los pecados más serios suelen tener unas consecuencias más significativas, no sólo para aquéllos contra los cuales se ha pecado, sino también para el pecador, al quedar éste más alejado de la presencia de Dios.

1 Por ejemplo, Melvin Konner, *The Tangled Wing: Biological Constraints on the Human Spirit* (Nueva York: Holt, Reinhart and Winston, 1982).

2 Con esto no estamos aprobando la conducta homosexual, sino condenando la violencia contra los homosexuales.

3 Este pasaje no se refiere a las personas. (1) Se menciona separadamente a los creyentes ([Romanos 8:18](#), 21–25). (2) Los pecadores no esperarían ansiosos a los “hijos de Dios” ([8:19](#), 21). (3) Esto implicaría una salvación universal. (4) Pablo usa en otros lugares el vocablo *ktísis* con el sentido de “creación” (véase [Romanos 1:20](#)). (5) Está de acuerdo con la maldición de Dios sobre el suelo ([Génesis 3:17](#)). (6) Está de acuerdo con la escatología ([2 Pedro 3:13](#); [Apocalipsis 21:1–2](#)). Para una defensa de esto, véase William Hendriksen, *Exposition of Paul’s Epistle to the Romans*, New Testament Commentary (Grand Rapids: Baker Book House, 1981), pp. 266–269.

1 Algunos ven esto en [Isaías 10:20–21](#) y [1 Corintios 5:5](#), pero esta interpretación parece contraria a la Expiación. Con respecto a [Isaías 10:20–21](#), véase Erickson, *Christian Theology*, p. 610.

2 Louis Berkhof, *Systematic Theology*, 4ª edición (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1941) pp. 255–261, es una fuente útil en cuanto a la pena y el castigo.

1 *Ibíd.*, pp. 258–259. Parece extrema su afirmación: “La Biblia no conoce esta distinción.”

1 Véase el capítulo 18.